

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

LOS  
ENTREMESES

DE

MIGUEL DE CERVANTES.

TOMO II.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA.

**MADRID**

DIRECCION Y ADMINISTRACION,  
Valverde, 2, principal.

**1879.**



ENTREMESES.



0847257 59870021



BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

LOS  
ENTREMESES

DE

MIGUEL DE CERVANTES.

---

TOMO II.

---

MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION,  
Valverde, 2, principal.

1879.

T 2007865

---

Imprenta de la Biblioteca Científico-Literaria.

Á CARGO DE DIEGO G. NAVARRO.

---

## ENTREMES

### DE LA CUEVA DE SALAMANCA.

---

*Salen Pancracio, Leonarda y Cristina.*

PANCRACIO.

Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa á vuestros suspiros, considerando que cuatro dias de ausencia, no son siglos: yo volveré, á lo más largo, á los cinco, si Dios no me quita la vida: aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra, y dejar esta jornada: que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEONARDA.

No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mio vos parezeais descortés: id, en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas: que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo ménos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta, y que no paseis del término que habeis puesto. Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazon.

*(Desmállase Leonarda.)*

CRISTINA.

¡Ó, qué bien hayan las bodas, y las fiestas! En

verdad, ssñor, que si yo fuera que vuestra merced que nunca allá fuera.

PANCRACIO.

Entra, hija, por un vidro de agua, para echársela en el rostro: mas espera; diréle unas palabras que sé al oido, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos.

*(Dícele las palabras, vuelve Leonarda diciendo:)*

LEONARDA.

Basta: ello ha de ser forzoso: no hay sino tener paciencia, bien mio: cuanto más os detuviéredes, más dilatais mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche; andad con Dios, que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANCRACIO.

Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

LEONARDA.

No, no, descanso mio: que mi gusto está en el vuestro; y por agora más que os vais, que no os quedeis, pues es vuestra honra la mia.

CRISTINA.

¡Ó espejo de matrimonio! Á fé, que si todas las casadas quisiesen tanto á sus maridos, como mi seño-  
ra Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEONARDA.

Entra, Cristinica, y saca mi manto: que quiero acompañar á tu señor hasta dejarle en el coche.

PANCRACIO.

No, por mi amor: abrazadme, y quedaos, por vida mia. Cristinica, ten cuenta de regalar á tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú le quisieres.

CRISTINA.

Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora; porque la pienso persuadir de manera á que nos holguemos, que ni imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

LEONARDA.

¿Holgar yo? ¡qué bien estás en la cuenta, niña!  
porque

Ausente de mi gusto,  
No se hicieron los placeres,  
Ni las glorias pára mí:  
Penas, y dolores sí.

PANCRACIO.

Ya no la puedo sufrir: quedad en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer, hasta volveros á ver.

*(Entrase Pancracio.)*

LEONARDA.

Alla darás, rayo, en casa de Ana Diaz: vayas, y no vuelvas: la ida del humo: por Dios, que esta vez no

os han de valer vuestras valentías, ni vuestros recatos.

CRISTINA.

Mil veces temí 'que con tus extremos habias de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEONARDA.

¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRISTINA.

¿Pues no? ya los tengo avisados; y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos, y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que dá el rey el jueves santo á sus pobres, sino que la canasta es de pascua; porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones, que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende.

LEONARDA.

Es muy cumplido y lo fué siempre mi Reponce, sacristan de las telas de mis entrañas.

CRISTINA.

¿Pues qué le falta á mi maese Nicolás? Barbero de mis hígados, y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido.

LEONARDA.

¿Pusiste la canasta en cobro?

CRISTINA.

En la cocina la tengo, cubierta con un cernadero por el disimulo.

*(Llama á la puerta el estudiante carraolano, -y en llamando, sin esperar que le correspondan, entra.)*

LEONARDA.

Cristina, mira quién llama.

ESTUDIANTE.

Señoras; yo soy, un pobre estudiante.

CRISTINA.

Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es esta, que no hay pobre que espere á que le saquen la limosna á la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, si mirar si despiertan á quien duerme, ó si no!

ESTUDIANTE.

Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuestra merced: cuanto más que yo no quería, ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeroza, ó pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que segun se me trasluce, parece que con grandísimo rigor á la tierra amenazan.

LEONARDA.

¿Y de dónde bueno sois amigo?

ESTUDIANTE.

Salamantino soy, señora mía: quiero decir, que soy de Salamanca. Iba á Roma con un tío mio, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia: vine solo: determiné volverme á mi tierra: robáronme los lacayos ó compañeros de Roque Guinarde, en Cataluña, porque él estaba ausente: que á estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque es muy cortés y comedido, y además limosnero: háme tomado á estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEONARDA.

En verdad, Cristina, que me ha movido á lástima el estudiante.

CRISTINA.

Ya me tiene á mí rasgadas las entrañas; tengámosle en casa esta noche, pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real: quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá en quien abode su hambre; y más que me ayudará á pelar la volatería que viene en la cesta.

LEONARDA.

¿Pues cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRISTINA.

Así tiene el talle de hablar por la boca, como por el colodrillo. Venga acá, amigo. ¿Sabe pelar?

ESTUDIANTE.

— ¿Cómo si sé pelar? No entiende eso de saber pelar, sino es que quiera vuestra merced motejarme de pelon: que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelon del mundo.

CRISTINA.

No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabia pelar dos ó tres pares de capones.

ESTUDIANTE.

Lo que sabré responder es, que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

LEONARDA.

De esa manera, quién duda, sino que sabrá pelar, no solo capones, sino gansos y abutardas. Y en esto del guardar secreto, ¿cómo le va? ¿y á dicha es tentado de decir todo lo que ve, imagina, ó siente?

ESTUDIANTE.

Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el rastro, que yo desplegue mis lábios para decir palabra alguna.

CRISTINA.

Pues atúrese esa boca, y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios, y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los piés que quisiere para su cama.

ESTUDIANTE.

Con siete tendré demasiado: que no soy nada codicioso, ni regalado.

*Entran el sacristan Reponce, y el Barbero.*

SACRISTAN.

¡O, que en hora buena estén los Antomedones y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas, y las dos reciprocas voluntades, que sirven de basas y colunas á la amorosa fábrica de nuestro deseos!

LEONARDA.

Esta sólo me enfada de él, Reponce mio: habla por tu vida á lo moderno, y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

BARBERO.

Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato, pan por vino y vino por pan, ó como suele decirse.

SACRISTAN.

Sí: que diferencia ha de haber de un sacristan gramático á un barbero romancista.

CRISTINA.

Para lo que yo he menester á mi barbero, tanto latin sabe y aun más que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia, ni de modos de hablar: que cada uno habla, si no como debe, á lo mé-

nos como sabe; y entrémonos, y manos á la labor, que hay mucho que hacer.

ESTUDIANTE.

Y mucho que pelar.

SACRISTAN.

¿Quién es este buen hombre?

LEONARDA.

Un pobre estudiante salamanqueso, que pide albergó para esta noche.

SACRISTAN.

Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y vállase con Dios.

ESTUDIANTE.

Señor sacristan Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo, y pelon además, como lo ha menester esta señora doncella, que me tiene convidado; y voto á... de no irme esta noche de esta casa, si todo el mundo me lo manda. Confiese vuestra merced, mucho de en hora mala de un hombre de mis prendas, que se contenta de dormir en un pajar; y si lo han por sus capones, péleselos el turco, y cómanselos ellos, nunca del cuero les salgan.

BARBERO.

Este más parece rufian que pobre: talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRISTINA.

No medre yo, sino me contenta el brio. Entrémo-

nos todos, y demos órden en lo que se ha de hacer: que el pobre pelará, y callará como en misa..

ESTUDIANTE.

Y aun como en vísperas.

SACRISTAN.

Puesto me ha miedo el pobre estudiante: yo apostaré que sabe más latin que yo.

LEONARDA.

De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

*(Éntranse todos).*

*Sale Leoniso, compadre de Pancracio, y Pancracio.*

COMPADRE.

Luego lo ví yo que nos habia de faltar la rueda: no hay cochero que no sea temático: si él rodeára un poco, y salvára aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

PANCRACIO.

Á mí no se me dá nada: que antes gusto de volverme á pasar esta noche con mi esposa Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar del sentimiento de mi partida.

COMPADRE.

¡Gran mujer! De buena os ha dado el cielo, señor compadre: dadle gracias por ello.

PANCRACIO.

Yo se las doy como puedo, y no como debo: no hay Lucrecia que se le llegue, ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

COMPADRE.

Si la mia no fuera zelosa, no tenia yo más que desear: por esta calle está más cerca mi casa: tomad, compadre, por esta, y estareis presto en la vuestra; y veámonos mañana, que no me faltará coche para la jornada: á Dios.

PANCRACIO.

Adios.

*Éntranse los dos).*

*Vuelven á salir el Sacristan, y el Barbero, con sus guitarras: Leonarda, Cristina y el Estudiante. Sale el Sacristan con la sotana alzada, y ceñida al cuerpo, danzando al són de su misma guitarra, y á cada cabriola vaya diciendo estas palabras:*

SACRISTAN.

¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRISTINA.

Señor sacristan Reponce, no es tiempo de danzar: dése orden en cenar, y en las demás cosas, y quédense las danzas para mejor conjuntura.

SACRISTAN.

¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

LEONARDA.

Déjale, Cristina, que en extremo gusto de ver su agilidad.

*(Llama Pancracio á la puerta, y dice):*

PANCRACIO.

Gente dormida, ¿no ois? ¿Cómo, y tan temprano te-neis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEONARDA.

¡Ay, desdichada! Á la voz y á los golpes, mi marido, Pancracio es este: algo le debe de haber sucedido pues él se vuelve. Señores. á recogerse en la carbonera: digo al desvan, donde está el carbon. Corre, Cristina, y llévalos, que yo entretendré á Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

ESTUDIANTE.

¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

CRISTINA.

¡Gentil relente, por cierto! Ea, vengan todos,

PANCRACIO.

¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abris, lirones?

ESTUDIANTE.

Es el toque, que yo no quiero correr la suerte de estos señores; escóndanse ellos donde quisieren; y llévenme á mí al pajar, que si allí me hallan, antes pareceré pobre, que adúltero.

CRISTINA.

Caminen, que se hunde la casa á golpes.

SACRISTAN.

El alma llevo en los dientes.

BARBERO.

Y yo en los carcañares.

*(Éntranse todos; y asómase Leonarda á la ventana).*

LEONARDA.

¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANCRACIO.

Tu marido, soy, Leonarda mia: ábreme, que há media hora que estoy rompiendo á golpes estas puertas.

LEONARDA.

En la voz bien me parece á mí que oigo á mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece á la de otro gallo, y no me aseguro.

PANCRACIO.

¡Ó recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mia, tu marido Pancracio: ábreme con toda seguridad.

LEONARDA.

Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANCRACIO.

Suspiraste, lloraste, y al cabo te desmayaste,

LEONARDA.

Verdad; pero con todo esto, dígame ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

PANCRACIO.

En el izquierdo tienes un lunar, del grandor de medio real, con tres cabellos, como tres mil hebras de oro.

LEONARDA.

Verdad; ¿pero cómo se llama la doncella de casa.

PANCRACIO

Ea, boba, no seas enfadosa: Cristinica se llama, ¿qué más quieres?

LEONARDA.

Cristinica, Cristinica, tú señor es; ábrele, niña.

CRISTINA.

Ya voy, señora; que él sea muy bien venido. ¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es esta?

LEONARDA.

¡Ay bien mio! Decídnoslo presto; que el temor de algun mal suceso me tiene ya sin pulsos.

PANCRACIO.

No ha sido otra cosa, sino que en un barrancó se

quebró la rueda del coche; y mi compadre y yo determinamos volvernos, y no pasar la noche en el campo; y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo ¿Pero qué voces hay?

*(Dentro, y como de muy léjos, diga el estudiante):*

ESTUDIANTE.

Ábranme aquí; señores, que me ahogo.

PANCRACIO.

¿Es en casa, ó en la calle?

CRISTINA.

Que me maten sino es el pobre estudiante que encerré en el pajar, para que durmiese esta noche.

PANCRACIO.

¿Estudiante encerrado en mi casa, y en mi ausencia? ¡Malo! en verdad, señora, que si no me tuviera asegurada vuestra mucha bondad, que me causára algun recelo este encerramiento: pero ve, Cristina y ábrele, que se le debe haber caido toda la paja acuestas.

CRISTINA.

Ya voy.

*(Váse).*

LEONARDA.

Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que le acogiésemos esta noche por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y ya sabes mi condicion,

que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero vése aquí y mirad cuál sale.

*Sale el Estudiante y Cristina: él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido.*

ESTUDIANTE.

Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera ménos escrupuloso, yo hubiera escusado el peligro de ahogarme en el pajar, y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y ménos peligrosa cama.

PANCRACIO.

¿Y quién os habia de dar, amigo, mejor cena y mejor cama.

ESTUDIANTE.

¿Quién? mi habilidad; sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANCRACIO.

Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, pues os temeis de la justicia.

ESTUDIANTE.

La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejára usar sin miedo de la santa Inquisicion, yo sé que cenára y recenára á costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANCRACIO.

No se cure de ellas, amigo, sino haga lo que qui-

siere, que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver alguna de estas cosas que dicen que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

ESTUDIANTE.

¿No se contentará vuestra merced con que le saque aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEONARDA.

¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesus! librada sea yo de lo que librarne no sé.

CRISTINA.

El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo: ¡plega á Dios que vaya á buen viento esta parva! temblándome está el corazon en el pecho.

PANCRACIO.

Ahora bien, si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y á la canasta de las fiambreras; y torno á advertir, que las figuras no sean espantosas.

ESTUDIANTE.

Digo que saldrán en figura del sacristan de la parroquia, y en la del barbero su amigo.

CRISTINA.

¿Más qué lo dice por el sacristan Reponce, y por máese Roque, el barbero de casa? ¡Desdichados de ellos, que se han de ver convertidos en diablos! Y dígame, hermano, ¿y estos han de ser diablos bautizados?

ESTUDIANTE.

¡Gentil novedad! ¿Á dónde diablos hay diablos bautizados? ¿Ó para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepcion; y apártense, y verán maravillas.

LEONARDA.

¡Ay, sin ventura! aquí se descosen: aquí salen nuestras maldades á plaza: aquí soy muerta.

CRISTINA.

Ánimo, señora, que buen corazon quebranta mala ventura.

ESTUDIANTE.

Vosotros, mezquinos, que en la carbonera  
Hallaste amparo á vuestra desgracia,  
Salid, y en los hombros, con priesa y con gracia,  
Sacad la canasta de la fiamblera.  
No me enciteis á que de otra manera  
Más dura os conjure: salid, ¿qué esperais?  
Mirad que si á dicha el salir rehusais,  
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien, yo sé cómo me tengo de haber con estos demonicos humanos: quiero entrar allá dentro y á solas hacer un conjuro, tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad de estos demonios, más está en sabellos aconsejar, que en conjurallos.

*(Éntrase el estudiante.)*

PANCRACIO.

Yo digo que si este sale con lo que ha dicho, que

será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

LEONARDA.

Sí saldrá, ¿quién lo duda? ¿Pues habíamos de engañar?

CRISTINA.

Ruido anda allá dentro: yo apostaré que los saca; pero ve aquí do vuelvo con los demonios y el apatusco de la canasta.

LEONARDA.

¡Jesus, qué parecidos son los de la carga al sacristan Reponce, y el barbero de la plazuela!

CRISTINA.

Mira, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesus.

SACRISTAN.

Digan lo que quisieren, que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos al són de las martilladas, ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEONARDA.

Lléguense á que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen ménos.

ESTUDIANTE.

Yo haré la salva y empezaré por el vino.

(Bebe.)

Bueno es: ¿es de Esquivias, señor sacridiablo?

SACRISTAN.

De Esquivias es, juro á...

ESTUDIANTE.

Téngase por vida suya, y no pase adelante: amigo soy yo de diablos juradores: demonico, demonico, aquí no venimos á hacer pecados mortales, sino á pasar una hora de pasatiempo, y cenar é irnos con Cristo.

CRISTINA.

¿Y estos han de cenar con nosotros?

PANCRACIO.

Sí, que los diablos no comen.

BARBERO.

Sí comen algunos; pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRISTINA.

¡Ay, señores! quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; pues sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEONARDA.

Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANCRACIO.

Queden, que quiero ver lo que nunca he visto.

BARBERO.

Nuestro Señor pague á usted la buena obra, señores míos.

CRISTINA.

¡Ay, qué bien criados, qué corteses! nunca me dreyo, si todos los diablos son como estos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

SACRISTAN.

Oigan, pues, para que se enamoren de veras.

*(Toca el sacristan, y canta, ayúdale el barbero con el último verso no más.)*

SACRISTAN.

Oigan los que poco saben  
Lo que con mi lengna franca  
Digo del bien que en sí tiene

BARBERO.

La Cueva de Salamanca.

SACRISTAN.

Oigan lo que dejó escrito  
De ella el bachiller Tudanca,  
En el cuero de una yegua,  
Que dicen que fué potranca,  
En la parte de la piel  
Que confina con el anca,  
Poniendo sobre las nubes

BARBERO.

La Cueva de Salamanca.

SACRISTAN.

En ella estudian los ricos,  
Y los que no tienen blanca;  
Y sale entera y rolliza  
La memoria que está manca.  
Siéntanse los que allí enseñan  
De alquitrán en una banca;  
Porque estas bombas encierra

BARBERO.

La Cueva de Salamanca.

SACRISTAN.

En ella se hacen discretos  
Los moros de la Palanca;  
Y el estudiante más bu<sup>o</sup>o  
Ciencias de su pecho arranca.  
Á los que estudian en ella  
Ninguna casa les manca;  
Viva, pues, siglos eternos

BARBERO.

La Cueva de Salamanca.

SACRISTAN.

Y nuestro conjurador,  
Si es á dicha de Loranca,  
Tenga en ella cien mil vides  
De uva tinta y de uva blanca;  
Y al diablo que le acusare,  
Que le den con una tranca;  
Y para el tal jamás sirva

BARBERO.

La Cueva de Salamanca.

CRISTINA.

Basta, que tambien los diablos son poetas.

BARBERO.

Y aun todos los poetas son diablos.

PANCRACIO.

Dígame, señor mio, pues los diablos lo saben todo, ¿dónde se inventaron todos estos bailes de la zarabanda, zambapalo, y de ello me pesa con el famoso del nuevo escarramán?

BARBERO.

¿Á dónde? en el infierno: allí tuvieron su origen y principio.

PANCRACIO.

Yo así lo creo.

LEONARDA.

Pues en verdad, que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco; sino que por mi honestidad y por guardar el decoro á quien soy, no me atrevo á bailarle.

SACRISTAN.

Con cuatro mudanzas que yo le enseñase á usted cada día, en una semana saldría única en el baile: que sé que le falta bien poco.

ESTUDIANTE.

Todo se andará: por agora entrémonos á cenar, que es lo que importa.

PANCRACIO.

Entremos: que quiero averiguar si los diablos comen ó no, con otras cien mil cosas que de ellos cuentan; y por Dios, que no han de salir de mi casa, hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en la Cueva de Salamanca.

FIN DE ESTE ENTREMÉS.

---

ENTREMES  
DEL RUFIAN VIUDO  
LLAMADO TRAMPAGOS.

---

*Sale Trampagos con un capuz de luto, y con él Vademecum, su criado, con dos espadas de esgrima.*

TRAMPAGOS.

¿Vademecum?

VADEMECUM.

Señor.

TRAMPAGOS.

¿Traes las morenas?

VADEMECUM.

Tráigolas.

TRAMPAGOS.

Está bien: muestra y camina.  
Y saca aquí la silla de respaldo,  
Con los otros asientos de por casa.

VADEMECUM.

¿Qué asientos? ¿hay alguno por ventura?

TRAMPAGOS.

Saca el mortero puerco: el brocal saca,  
Y el banco de la cama.

VADEMECUM.

Está impedido.

Fáltale un pié.

TRAMPAGOS.

¿Y es tache?

VADEMECUM.

Y no pequeña.

*(Éntrase Vademecum).*

TRAMPAGOS.

¡Ah Periconá, Periconá, mia  
Y aun de todo el concejo! En fin llegóse  
El tuyo: yo quedé, tú te has partido;  
Y es lo peor que no imagino á dónde;  
Aunque, segun fué el curso de tu vida,  
Bien se puede creer piadosamente  
Que estás en parte, aun no me determino.  
De señalarte asiento en la otra vida:  
Tendréla yo sin tí como de muerte.  
¡Que no me hallára yo á tu cabecera  
Cuando diste el espíritu á los aires,  
Para que le acogiera entre mis lábios,  
Y en mi estómago limpio le embasára!

¡Miseria humana, quién de tí confía!  
Ayer fuí Periconá, hoy tierra fría,  
Como dijo un poeta celebérrimo.

*Entra Chiquiznaque, rufián.*

CHIQUIZNAQUE

Mi so Trampagos, ¿és posible sea  
Voacé tan enemigo suyo,  
Que se entumbe, se encubra y se trasponga  
Debajo de esa sombra bayetuna  
El sol hampesco? So Trampagos, basta  
Tanto gemir, tantos suspiros bastan:  
Trueque voacé las lágrimas corrientes  
En limosnas y en misas, y oraciones  
Por la gran Periconá, que Dios haya,  
Que importan más que llantos y sollozos.

TRAMPAGOS.

Voacé ha garlado como un tologo,  
Mi señor Chiquiznaque; pero en tanto  
Que encarrilo mis cosas de otro modo,  
Tome vuesa merced, y platiquemos  
Una levada nueva.

CHIQUIZNAQUE.

So Trampagos,  
No es este tiempo de levadas: llueven,  
O han de llover hoy pésames *ad unia*,  
¿Y hémonos de ocupar en levadicas?

*Entra Vademecum con la silla muy vinja y rota.*

VADEMECUM.

Bueno por vida mía: quien le quita

A mi señor de líneas, y posturas  
Le quita de los días de la vida.

TRAMPAGOS.

Vuelve por el mortero y por el banco.  
Y el broquel no se olvide, Vademecum.

VADEMECUM.

Y aun trairé el asador, sarten y platos.

*(Vuélvese á entrar).*

TRAMPAGOS.

Despues platicaremos una treta,  
Única, á lo que creo y peregrina:  
Que el dolor de la muerte de mi ángel,  
Las manos ata y el sentido todo.

CHQUIZNAQUE.

¿De qué edad acabó la mal lograda?

TRAMPAGOS.

Para con sus amigas y vecinas,  
Treinta y dos años tuvo.

CHQUIZNAQUE.

Edad lozana.

TRAMPAGOS.

Si va á decir verdad, ella tenia  
Cincuenta y seis; pero de tal manera  
Supo encubrir los años, que me admiro:  
¡O qué teñir de canas! ¡o qué rizos,  
Vultos de plata en oro los cabellos!

A seis del mes que viene hará quince años,  
Que fué mi tributaria, sin que en ellos  
Me pusiese en pendencia, ni en peligro  
De verme palmeadas las espaldas.  
Quince cuaresmas, si en la cuenta acierto,  
Pasaron por la pobre, desde el día  
Que fué mi cara, agradecida prenda;  
En las cuales sin duda susurraron  
A sus oídos treinta y más sermones,  
Y en todos ellos, por respeto,  
Estuvo firme, cual está á las olas  
del mar movable la inmóvil roca.  
¡Cuántas veces me dijo la probeta.  
Saliendo de los trances rigurosos  
De gritos y plegarias y de ruegos,  
Sudando y trasudando: plega al cielo,  
Trampagos mio, que en descuento vaya  
De mis pecados lo que aquí yo paso  
Por tí, dulce bien mio!

CHIQUIZNAQUE.

¡Bravo triunfo!

Ejemplo raro de inmortal firmeza!  
Allá lo habrá hallado.

TRAMPAGOS.

¿Quién lo duda?

Ni aun una sola lágrima vertieron  
Jamás sus ojos en las sacras pláticas,  
Cual si de esparto ó pedernal su alma  
Formada fuera.

CHIQUIZNAQUE.

!Ó hembra benemérita

De griegas y romanas alabanzas!  
¿De qué murió?

TRAMPAGOS.

¿De qué? casi de nada:  
Los médicos dijeron que tenía  
Malos los hipocondrios, y los hígados;  
Y que con agua de taray pudiera  
Vivir, si la bebiera setenta años.

CHIQUIZNAQUE.

¿No la bebió?

TRAMPAGOS.

Murióse.

CHIQUIZNAQUE.

Fué una necia:  
Bebíerala hasta el día del juicio,  
Que hasta entonces viviera. El yerro estuvo  
En no hacerla sudar.

TRAMPAGOS.

Sudó once veces.

*(Entra Vademecum con los asientos referidos).*

CHIQUIZNAQUE.

¿Y aprovechóle alguna?

TRAMPAGOS.

Casi todas:  
Siempre quedaba como un ginjo verde.  
Sana como un peruétano, ó manzana.

CHIQUIZNAQUE.

Dícenme que tenia ciertas fuentes  
En las piernas y brazos.

TRAMPAGOS.

La sin dicha

Era un Aranjuez; pero con todo  
Hoy come en ella lo que llaman tierra,  
De las más blancas y hermosas carnes,  
Que jamás encerraron sus entrañas;  
Y si no fuera porque habrá dos años  
Que comenzó á dañarse del aliento,  
Era abrazarla, como quien abraza  
Un tiesto de albahaca ó clavellinas.

CHIQUIZNAQUE.

Neguijon debió ser, ó corrimiento  
El que dañó las perlas de su boca:  
Quiero decir, sus dientes y sus muelas.

TRAMPAGOS.

Una mañana amaneció sin ellos.

VADEMECUM.

Así es verdad; más fué de eso la causa,  
Que anocheció si ellos; de los finos  
Cinco acerté á contarle: de los falsos  
Doce disimulaba en la covacha.

TRAMPAGOS.

¿Quién te mete á tí en eso, mentecato?

VADEMECUM.

Acredito verdades.

TRAMPAGOS.

Chiquiznaque,  
Ya se me ha reducido á la memoria  
La treta de denantes: toma y vuelve  
Al ademan primero.

VADEMECUM.

Pongan pausa,  
Y quédese la treta en ese punto,  
Que acuden moscovitas al reclamo:  
La Repulida viene y la Pizpita,  
Y la Mostrenca y el jayan Juan Claros,

TRAMPAGOS.

Vengan en hora buena: vengan ellos  
En cien mil norabuenas.

*Entra la Repulida, la Pizpita, la Mostrenca, y el  
ruftan Juan Claros.*

JUAN.

En las mismas  
Esté mi sor Trampagos.

REPULIDA.

Quiera el cielo  
Mudar su escuridad en luz clarísima.

PIZPITA.

Desollado le vieses ya mis lumbres  
De aquel pellejo lóbrego y oscuro.

MOSTRENCA.

¡Jesus, y qué fantasma noturnina!  
Quítenmele delante.

VADEMECUM.

Melindrico.

TRAMPAGOS.

Fuera yo un Polifemo, un antropófago,  
Un troglodita, un bárbaro zoilo,  
Un caiman, un caribe, un come vivos,  
Si de otra suerte me adornára en tiempo  
De tamaña desgracia.

JUAN.

Razon tiene.

He perdido una mina potosisca,  
Un muro de la yedra de mis faltas,  
Un árbol de la sombra de mis ansias.

JUAN.

Era la Periconá un pozo de oro.

TRAMPAGOS.

Sentarse á prima noche, y á las horas  
Que se echa el golpe, hallarse con sesenta.  
Numos en cuartos, ¿por ventura es barro?  
Pues todo esto perdi en la que ya pudre.

REPULIDA.

Confieso mi pecado: siempre tuve  
Envidia á su no vista diligencia:  
No puedo más: yo hago lo que puedo,  
Pero no lo que quiero.

PIZPITA.

No te penes,  
Pues vale más aquel que Dios ayuda,  
Que el que mucho madruga: ya me entiendes.

VADEMECUM.

El refran vino aquí como de molde:  
Tal os dé Dios el sueño, mentecatas.

MOSTRENCA.

Nacidas somos: no hizo Dios á nadie,  
Á quien desamparase: poco valgo;  
Pero en fin, cómo y ceno, y á mi cuyo  
Le traigo más vestido que un palmito.  
Ninguna es fea, como tenga brios:  
Feo es el diablo.

VADEMECUM.

Alega la Mostrenca

Muy bien de su derecho: y alegára  
Mejor, si se añadiera el ser muchacha,  
Y limpia, pues lo es por todo extremo.

CHIQUIZNAQUE.

En el que está Trampagos me dá lástima.

TRAMPAGOS.

Vestíme este capuz: mis dos lanternas  
Convertí en alquitaras.

VADEMECUM

¿De aguardiente?

TRAMPAGOS.

¿Pues tanto cuelo yo, hi de malicias?

VADEMECUM.

À cuatro lavanderas de la puente  
Puede dar quince y falta en la colambre:  
Miren que ha de llorar sino agua-ardiente.

JUAN.

Yo soy de parecer que el gran Trampagos  
Ponga silencio á su continuo llanto,  
Y vuelva al *sicut erat in principio*:  
Digo á sus olvidadas alegrías,  
Y tome prenda, que las tuyas quite:  
Que es bien que el vivo vaya á la hogaza,  
Como el muerto se va á la sepultura.

REPULIDA.

Zonzorino Caton es Chiquiznaque.

PIZPITA.

Pequeña soy, Trampagos, pero grande  
Tengo la voluntad para servirte:  
No tengo cuyo, y tengo ochenta cobas.

REPULIDA.

Yo ciento, y soy dispuesta, y nada lerda.

MOSTRENCA.

Veinte y dos tengo yo, y aun veinte y cuatro,  
Y no soy mema.

REPULIDA.

¡O mi Jezúz! ¿qué es esto?  
¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?  
En tela quieres competir conmigo,

Culebrilla de alambre, ¿y tú, pazguata?

PIZPITA

Por vida de los huesos de mi abuela,  
Doña Mari bobales, monda níspolas,  
Que no la estimo en un feluz morisco.  
¡Han visto el ángel tonto almidonado,  
Como quiere empinarse sobre todas!

MOSTRENCA.

Sobre mí no, á lo ménos, que no sufro  
Carga que no me ajuste y me convenga.

JUAN.

Adviertan que defiende á la Pizpita.

CHIQUIZNAQUE.

Consideren que está la Repulida  
Debajo de las alas de mi amparo.

VADEMECUM.

Aquí fue Troya: aquí se hacen rajás:  
Los de las cachas amarillas salen:  
Aquí otra vez fué Troya.

REPULIDA.

Chiquiznaque,  
No he menester que nadie me defienda:  
Aparta, tomaré yo la venganza,  
Rasgando con mis manos pecadoras  
La cara de membrillo cuartanario.

JUAN.

Repulida, respeto al gran Juan Claros.

PIZPITA.

Déjala venga: déjala que llegue  
Esa cara de masa mal sobada.

*(Entra uno muy alborotado).*

UNO.

Juan Claros, la justicia, la justicia,  
El alguacil de la justicia viene  
La calle abajo.

*(Éntrase luego.)*

JUAN.

¡Cuerpo de mi padre!

No paro más aquí.

TRAMPAGOS.

Ténganse todos:  
Ninguno se alborote: que es mi amigo  
El alguacil: no hay que tenerle miedo.

*(Torna á entrar).*

UNO.

No viene acá, la calle abajo cuela.

*(Váse).*

CHIQUIZNAQUE.

El alma me temblaba ya en las carnes,  
Porque estoy desterrado.

TRAMPAPOS.

Aunque viniera  
No nos hiciera mal yo lo sé cierto;  
Que no puede chillar, porque está untado.

VADEMECUM.

Cese, pues, la pendencia; y mi sor sea  
El que escoja la prenda que le cuadre,  
Ó le esquine mejor.

REPULIDA.

Yo soy contenta.

PIZPITA.

Y yo tambien.

MOSTRENCA.

Y yo.

VADEMECUM.

Gracias al cielo,  
Que he hallado á tan gran mal, tan gran remedio.

TRAMPAGOS.

Abúrrome y escojo.

MOSTRENCA.

Dios te guie.  
Si te aburres, Trampagos, la escogida  
Tambien será aburrída.

TRAMPAGOS.

Errado anduve.  
Sin aburrirme escojo.

MOSTRENCA.

Dios te guie.

TRAMPAGOS.

Digo que escojo aquí á la Repulida.

JUAN.

Con su pan se la coma, Chiquiznaque.

CHIQUIZNAQUE.

Y aun sin pan, que es sabrosa en cualquier modo.

REPULIDA.

Tuya soy: pónme un clavo y una S  
En estas dos mejillas.

PIZPITA.

¡Ó hechicera!

MOSTRENCA.

No es sino venturosa: no la envidies,  
Porque no es muy católico Trampagos;  
Pues ayer enterró á la Periconá,  
Y hoy la tiene olvidada.

REPULIDA.

Muy bien dices.

TRAMPAGOS.

Este capuz arruga, Vademecum;  
Y dile al padre, que sobre él te preste  
Una docena de reales.

VADEMECUM.

Creo

Que tengo yo catorce.

TRAMPAGOS.

Luego, luego,

Parte, y trae seis azumbres de lo caro:

Alas pon en los piés y en las espaldas.

*(Éntrese Vademecum con el capuz, y queda en cuerpo  
Trampágos.)*

TRAMPAGOS.

Por Dios que si durára la bayeta,  
Que me pudieran enterrar mañana.

REPULIDA

¡Ay lumbre de estas lumbres, que son tuyas!  
Y cuán mejor estás en este traje,  
Que en el otro sombrío, y melancólico.

*Entran dos músicos sin guitarras.*

MÚSICO 1.º

Tras el olor del jarro nos venimos  
Yo y mi compadre.

TRAMPAGOS.

En hora buena sea;  
¿Y las guitarras?

MÚSICO 1.º

En la tienda quedan:  
Vaya por ellas Vademecum.

MÚSICO 2.º

Vaya:  
Mas yo quiero ir por ellas.

MÚSICO 1.º

De camino.

*(Éntrase el músico 2.º)*

Diga á mi oislo, que si viene alguno  
Al rapio rapis, que me aguarde un poco,  
Que no haré sino colar seis tragos,  
Y cantar dos tonadas, y partirme:  
Que ya el señor Trampagos, segun muestra,  
Está para tomar armas de gusto.

*(Vuelve Vademecum.)*

VADEMECUM.

Ya está en el antesala el jarro.

TRAMPAGOS.

Tráile.

VADEMECUM.

No tengo taza.

TRAMPAGOS.

Ni Dios te la depare:

El cuerno de orinar no está estrenado,  
Tráele: que te maldiga el cielo santo:  
Que eres bastante á deshonrar á un duque.

VADEMECUM.

Sosiéguese, que no ha de faltar copa,  
Y aun copas, aunque sean de sombreros.  
A buen seguro que este es churrullero.

*Entra uno como cautivo, con una cadena al hombro, y  
pónese á mirar á todos muy atento, y todos á él.*

REPULIDA.

¡Jesus! ¿es vision esta? ¿qué es aquesto?  
¿No es este Escarramán? él es sin duda:  
¡Escarramán del alma! dame, amores,  
Esos brazos, columna de la hampa.

TRAMPAGOS.

¡Ó Escarramán, Escarramán amigo!  
¿Cómo es esto? á dicha eres estatua?  
Rompe el silencio y habla á tus amigos.

PIZPITA.

¿Qué trage es este, y qué cadena es esta?  
¿Eres fantasma á dicha? Yo te toco,  
Y eres de carne y hueso.

MOSTRENCA.

— El es, amiga:  
No lo puede negar, aunque más calle.

ESCARRAMÁN.

Yo soy Escarramán; y estén atentos

Al cuento breve de mi larga historia.

*(Vuelve el barbero con dos guitarras, y dá la una al  
compañero).*

Dió la galera al traste en Berbería,  
Donde la furia de un juez me puso  
Por espalder de la siniestra banda.  
Mudé de cautiverio y de ventura:  
Quedé en poder de turcos por esclavo;  
De allí á dos meses, como al cielo plugo,  
Me levanté con una galeota:  
Cobré mi libertad, y ya soy mio.  
Hice voto y promesa inviolable  
De no mudar de ropa ni de carga,  
Hasta colgarla de los muros santos  
De una devota ermita, que en mi tierra  
Llaman de San Millan de la Cogolla;  
Y este es el cuento de mi extraña historia,  
Digna de atesorarla en la memoria.  
La Mendez no estará ya de provecho:  
¿Vive?

JUAN.

Y está en Granada á sus anchuras.

CHIQUIZNAQUE.

Allí le duele al pobre todavía.

ESCARRAMÁN.

¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,  
En tanto que en el otro me han tenido  
Mis desgracias y gracia?

MOSTRENCA.

Cien mil cosas:  
Ya te han puesto en la horca los farsantes.

PIZPITA.

Los muchachos han hecho pepitoria  
De todas tus méludas y tus huesos.

REPULIDA.

Hánte vuelto divino: ¿que más quieres?

CHIQUIZNAQUE.

Cántante por las plazas, por las calles:  
Báilante en los teatros, y en las casas:  
Has dado que hacer á los poetas,  
Más que dió Troya al mantuano Títiro.

JUAN.

Óyente resonar en los establos.

REPULIDA.

Las fregonas te lavan en el rio:  
Los mozos de caballos te almohazan.

CHIQUIZNAQUE.

Túndete el tundidor con sus tijeras:  
Muy más que el pótro rucio eres famoso.

MOSTRENCA.

Han pasado á las Indias tus palmeos:  
En Roma se han sentido tus desgracias,  
Y hánte dado botines sine número."

VADEMECUM.

Por Dios que te han molido como alheña:  
Y te han desmenuzado como flores:  
Y que eres más sonado y más mocoso,  
Que un reloj y que un niño de doctrina.  
De tí han dado querella todos cuantos  
Bailes pasaron en la edad del gusto,  
Con apretada y dura residencia;  
Pero levóse el tuyo la excelencia.

ESCARRAMAN.

Tenga yo fama y hágame pedazos:  
De Efeso el templo abrasaré por ella.

*(Tocan de improviso los músicos y comienzan á cantar  
este romance).*

Ya salió de las gurapas  
El valiente Escarramán,  
Para asombro de la gura  
Y para bien de su mal.

ESCARRAMÁN.

¿Es aquesto brindarme por ventura?  
¿Piensan se me ha olvidado el regodeo?  
Pues más ligero vengo que solía,  
Sino toquen, y vaya y fuera ropa.

PIZPITA.

¡Ó flor, y fruto de los bailarines,  
Y qué bueno has quedado!

VADEMECUM.

Suelto, y limpio.

JUAN.

Él honrará las bodas de Trámpagos.

ESCARRAMÁN.

Toquen, verán que soy hecho de azogue.

MÚSICO.

Váyanse todos por lo que cantáre.  
Y no será posible que se yerren.

ESCARRAMÁN.

Toquen. que me deshago y que me bullo.

REPULIDA.

Ya me muero por verle en la estacada.

MÚSICO.

Estén alerta todos.

CHIQUIZNAQUE.

Ya lo estamos.

*Cantan.*

Ya salió de las gurapas  
El valiente Escarramán,  
Para asombro de la gura,  
Y para bien de su mal.  
Ya vuelve á mostrar al mundo  
Su felice habilidad,  
Su ligereza, y su brío,  
Y su presencia real.  
Pues falta la Coscolina,

Supla agoras en su luga  
La Repulida olorosa,  
Más que la flor de azahar;  
Y en tanto que se remonda  
La Pizpita sin igual,  
De la gallarda el paseo  
Nos muestre aquí Escarramán.

*{Tocan la gallarda, dánzala Escarramán; y en habiendo  
hecho una mudanza prosiguese el romance}.*

La Repulida comience  
Con su brio á rastrear,  
Pues ella fué la primera  
Que nos le vino á mostrar.  
Escarramána la compañe,  
La Pizpita, otro que tal,  
Chiquiznaque y la Mostrenca,  
Con Juan Claros el galan.  
Vive Dios que va de perlas:  
No se puede desear  
Más ligereza ó más garbo,  
Más certeza ó más compás.  
Á ello, hijos, á ello:  
No se pueden alabar  
Otras ninfas, ni otros rufos,  
Que os puedan igualar.  
¡Ó qué desmallar de manos!  
¡Ó qué huir, y qué juntar!  
¡Ó qué nuevos laberintos!  
Donde hay salir, y hay entrar.  
Muden el baile á su gusto,  
Que yo le sabré tocar  
El canario, ó las gambetas.

Ó al villano se lo dan;  
Zarabanda, ó zambapalo,  
El pésame de ello y más,  
El rey don Alonso el Bueno.  
Gloria de la antigüedad

ESCARRAMÁN.

El canario, si le tocan,  
Á solas quiero bailar.

MÚSICO.

Tocaréle yo de plata,  
Tú de oro le bailarás.

*(Toca el canario, y baila solo Escarramán: y en  
habiéndole bailado diga):*

ESCARRAMÁN.

Vaya el villano á lo burdo,  
Con la cebolla y el pan;  
Y acompáñenme los tres.

MÚSICO.

Que te bendiga San Juan.

*(Bailan el villano, como bien saben; y acabado el villa-  
no, pida Escarramán el baile que quisiere, y acabado  
diga Trampagos):*

TRAMPAGOS.

Mis bodas se han celebrado

Mejor que las de Roldan;  
Todos digan, como digo:  
Viva, viva Escarramán.

TODOS.

Viva, viva.

FIN DE ESTE ENTREMES.

---

## ENTREMES

### DEL VIZCAINO FINGIDO.

---

*Salen Solórzano y Quiñones.*

SOLÓRZANO.

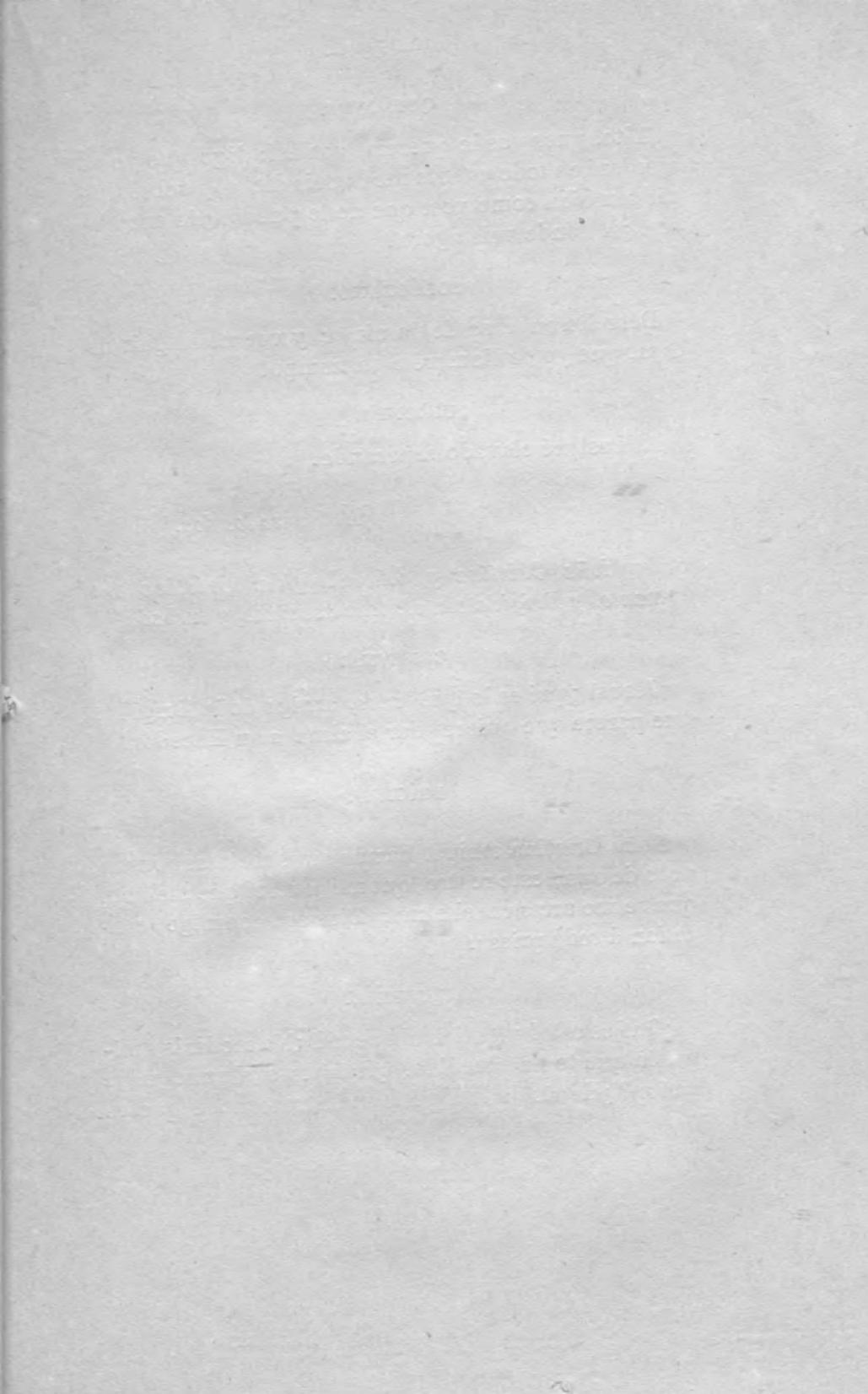
Estas son las bolsas, y á lo que parecen son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni menos: no hay sino que vos acudais con mi intento, que á pesar de la taimería de esta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QNIÑONES.

¿Tanta honra se adquiere, ó tanta habilidad se muestra en engañar á una mujer, que lo tomáis con tanto ahinco, y poneis tanta solicitud en ello?

SOLÓRZANO.

Cuando las mujeres son como estas, es gusto el burlallas: cuanto más que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba: quiero decir, que ni ha de ser con ofensa de Dios, ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ageno.



QUIÑONES.

Alto, pues vos lo quereis, sea así: digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habeis dicho, y sabré fingir tan bien como vos, que no lo puedo más encarecer. ¿A dónde vais agora?

SOLÓRZANO.

Derecho en casa de la ninfa; y vos no salgais de casa, que yo os llamaré á su tiempo.

QUIÑONES..

Allí estaré clavado esperando.

*(Éntranse los dos.)*

*Salen doña Cristina y doña Brígida: Cristina sin manto, y Brígida con él, toda asustada y turbada,*

CRISTINA.

¡Jesus! ¿qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma á su Hacedor?

BRÍGIDA.

Doña Cristiná amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma; Dios sea conmigo, confesion á toda priesa.

CRISTINA.

¿Qué es esto? ¡desdichada de mí! ¿No me dirás amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala vision? ¿Hánte dado alguna mala nueva de que es

muerta tu madre, ó de que viene tu marido, ó hánte robado tus joyas?

BRÍGIDA.

Ni he visto vision alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que aun le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué, ni me han robado mis joyas; pero háme sucedido otra cosa peor.

CRISTINA.

Acaba, dímelas, doña Brigida mia; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍGIDA.

¡Ay, querida! que tambien te toca á tí parte de este mal suceso. Limpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor, más frio que la nieve: desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que si quieren tener algun poquito de autoridad, grangeada de aquí ó de allí, se la desjarretan y se la quitan al mejor tiempo.

CRISTINA.

Acaba por tu vida, amiga, y díme lo que te ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo tambien tengo de tener parte.

BRÍGIDA.

Y cómo si tendrás parte, y mucha, si eres discreta, como lo eres. Has de saber, hermana, que viniendo agora á verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente, estaba un pregonero pregonando que quitaban los co-



ches, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

CRISTINA.

¿Y esa es la mala nueva?

BRÍGIDA.

¿Pues para nosotras puede ser peor en el mundo?

CRISTINA.

Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformation de los coches: que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque segun he oido decir, andaba muy de caida la caballería en España; porque se empanaban diez ó doce caballeros mozos en un coche, y azotaban las calles de noche y de dia, sin acordárseles que habia caballos y ginetá en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

BRÍGIDA..

¡Ay, Cristina de mi alma! que tambien oí decir que aunque dejan algunos, es con condicion que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes.

CRISTINA.

Ese mal nos hagan: porque has de saber, hermana, que está en opinion entre los que siguen la guerra, cuál es la mejor, la caballería ó la infantería, y háse averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones; y agora podremos las ale-

gres mostrar á pié nuestra gallardía, nuestro garbo, y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, quitando la ocasion de que ninguno se llame á engaño, si nos sirviese, pues nos ha visto.

BRÍGIDA.

¡Ay, Cristina! no me digas eso. ¡Qué linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte á parte, dando rostro á quién y cómo y cuándo queria! y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban, y me veia sentada en él con aquella autoridad, me desvanecía tanto, que creia bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRISTINA.

¿Veis, doña Brígida, cómo tengo yo razon en decir que ha sido bien en quitar los coches, siquiera por quitarnos á nosotras el pecado de la vanagloria? Y más que no era bien que un coche igualase á las no tales con las tales; pues viendo los ojos estranjeros á una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaria á perder la cortesía, haciéndosela á ella, como si fuera á una principal señora: así que, amiga, no debes congojarte, sino acomoda tu brio y tu limpieza, y tu manto de soplillo sevillano, y tus nuevos chapines en todo caso, con las virillas de plata, y déjate ir por esas calles, que yo te aseguro que no falten moscas tan buena miel, si quisieres dejar que á tí se lleguen: que engaño en más va que en besarla durmiendo.

BRÍGIDA.

Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme y repulirme, y dar rostro á pié y pisar el polvico á tan menudico, pues no tengo quien me corte la cabeza; que este que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

CRISTINA.

¡Jesus! ¿tan á la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que usted manda?

*Entra Solórzano.*

SOLÓRZANO.

Usted perdone el atrevimiento, que la ocasion hace al ladron: hallé la puerta abierta y entréme, dándome ánimo al entrármeme, venir á servir á usted y no con palabras, sino con obras; y si es que puedo hablar delante de esta señora, diré á lo que vengo, y la intencion que traigo.

CRISTINA.

De la buena presencia de usted no se puede esperar, sino que han de ser buenas sus palabras, y sus obras. Diga usted lo que quisiere; que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

SOLÓRZANO.

Con ese seguro y con esa licencia hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano, á quien usted no conoce.

CRISTINA.

Así es la verdad.

SOLÓRZANO.

Y há muchos dias que deseo servir á usted, obligado á ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno ha las obras hasta agora, que la suerte á queriendo que de Vizcaya me enviase un grande amigo mio á un hijo suyo, vizcaino, muy galan, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe; porque, para decir la verdad á usted, él es un poco burro, y tiene algo de mentecato; y añádesele á esto una tacha, que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algun tanto, un si es no es, del vino; pero de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y aun casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad: da todo cuanto tiene á quien se lo pide, y á quien no se lo pide; y yo querría, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme de alguna cosa, y no he hallado mejor medio, que traerle á casa de usted, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como á gato; y para principio traigo aquí á usted una cadena en este bolsillo, que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará usted y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche, que vendrá acá nuestro burro ó nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen; y á dos idas y venidas se quedará usted con toda la cadena, que yo

no quiero más que los diez escudos de ahora: la cadena es bonísima, y de muy buen oro, y vale algo de hechura: héla aquí: usted la tome.

CRISTINA.

Beso á usted las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasion; pero, si he de decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algun tanto sospechosa.

SOLÓRZANO.

¿Pues de qué es la sospecha, señora mia?

CRISTINA.

De que podrá ser esta cadena de alquimia: que se suele decir que no es oro todo lo que reluce.

SOLÓRZANO.

Usted habla discretísimamente, y no en balde tiene usted fama de la más discreta dama de la córte; y háme dado mucho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazon; pero para todo hay remedio, sino es para la muerte: usted se cubra su manto, ó envíe, si tiene de quien fiarse y vaya á la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuere fina, y de la bondad que yo he dicho, entónces usted me dará los diez escudos, harále una regalaría al borrico, y se quedará con ella.

CRISTINA.

Aquí pared y medio tengo yo un platero, mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

SOLÓRZANO.

Eso es lo que yo quiero y lo que amo y lo que estimo: que las cosas claras Dios las bendijo.

CRISTINA.

Si es que usted se atreve á fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí á un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos de oro.

SOLÓRZANO.

¡Bueno es eso! fio mi honra de usted; ¿y no le habia de fiar la cadena? Usted la haga tocar y retocar: que yo me voy y volveré de aquí á media hora.

CRISTINA.

Y aun antes, si es que mi vecino está en casa.

*(Éntrase Solórzano).*

BRÍGIDA.

Esta, Cristina amiga, no solo es ventura, sino venturon llovido. ¡Desdichada de mí, y qué desgraciada que soy, que nunca toco quien me dé un jarro de agua, sin que me cueste mi trabajo primero; Solo me encontré el otro dia en la calle á un poeta, que de bonisima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trescientos en mi alabanza.

CRISTINA.

Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés, que te diera trescientos reales.

BRÍGIDA.

„Sí, por cierto, ahí están los ginoveses de mani-fiesto, y para venirse á la mano, como halcones al señuelo: andan todos malencónicos y tristes con el decreto.

CRISTINA.

Mira, Brígida, de esto quiero que estés cierta, que vale más un ginovés quebrado, que cuatro poetas enteros: mas ay, el viento corre en popa, mi platero es este. ¿Y que quiere mi buen vecino? que á fé que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le queria cubrir para buscarle.

*Entra el platero.*

PLATERO.

Señora doña Cristina, usted me ha de hacer una merced de hacer todas sus fuerzas por llevar mañana á mi mujer á la comedia; que me conviene y me importa quedar mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

CRISTINA.

Eso haré yo de muy buena gana; y aún si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada, que bien sé en qué caen estos negocios.

PLATERO.

No señora, entretener á mi mujer me basta: ¿pero qué queria usted de mí, que queria ir á buscarme?

CRISTINA.

No más, sino que me diga el señor vecino ¿qué pesará esta cadena, y si es fina y de qué quilates?

PLATERO.

Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro, de á veinte y dos quilates; y que si usted la compra, y se la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRISTINA.

Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLATERO.

Míre cómo la concierta la señora vecina: que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer de ella, diez ducados de hechura.

CRISTINA.

Ménos mé ha de costar, si yo puedo; pero míre el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro, y cantidad del peso.

PLATERO.

¡Bueno sería que yo me engañase en mi oficio! Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabon por eslabon, y la he pesado y la conozco como á mis manos.

BRÍGIDA.

Con esto nos contentamos.

PLATERO.

Y por más señas, sé que la ha llegado á pesar y á tocar un gentil hombre costerano, que se llama tal de Solórzano.

CRISTINA.

Basta, señor vecino: vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado, yo la llevaré y entretendré dos horas más si fuere menester: que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

PLATERO.

Con usted me entierren, que sabe de todo; y á Dios, señora mia.

*(Éntrase el platero).*

BRÍGIDA.

¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe de llamar sin duda, que trajese con el vizcaino para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algun borgoñon más borracho que un zaque?

CRISTINA.

Por decírselo no quedará; pero véisle, aquí vuelve: priesa trae, diligente anda, sus diez escudos le aguijan y espolean.

*Entra Solórzano.*

SOLÓRZANO.

Pues señora doña Cristina, ¿ha hecho usted sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRISTINA.

¿Cómo es el nombre de usted, por su vida?

SOLÓRZANO.

Don Estéban de Solórzano me suelen llamar en mi casa; ¿pero por qué me lo pregunta usted?

CRISTINA.

Por acabar de hechar el sello á su mucha verdad y cortesía. Entretenga usted un poco á la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos.

*(Éntrase Cristina).*

BRÍGIDA.

Señor don Solórzano, ¿no tendrá usted por ahí algun mondadientes para mí? que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas en mi casa, como la señora doña Cristina; que á no temer que nos oyera alguna, le dijera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas: que sepa que tiene los pechos como dos alforjas vacías y que no huele muy bien el aliento, porque se afeita mucho; y con todo eso la buscan, solicitan y quieren: que estoy por arañarme esta cara, más de rabia, que de envidia, porque no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pié: en fin, la ventura de las feas.

SOLÓRZANO.

No se desespere usted, que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

*Vuelve á entrar Cristina.*

CRISTINA.

Hé aquí, señor don Estéban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

SOLÓRZANO.

Pues nuestro burro está en la puerta de la calle, quiero ir por él: usted me le acaricie aunque sea como quien toma una píldora.

*(Vasé Solórzano).*

BRÍGIDA.

Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase á mí, y dijo que sí haria, andando el tiempo.

CRISTINA.

Andando el tiempo en nosotras, no hay quien nos regale, amiga: los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos la mucha pérdida.

BRÍGIDA.

Tambien le dije como vas muy limpia, muy linda y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones.

CRISTINA.

Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

BRIGIDA.

Mirad quien tiene amartelados: que vale más la suela de mi botin, que las arandelas de su cuello otra vez vuelvo á decir, la ventura de las feas.

*Entra Quiñones y Solórzano.*

QUIÑONES.

Vizcaino manos bésame: usted que mándeme.

SOLÓRZANO.

Dice el señor vizcaino, que besa las manos de usted, y que le mande.

BRÍGIDA.

¡Ay, qué linda lengua! Yo no la entiendo á lo menos; pero paréceme muy linda.

CRISTINA.

Yo beso las de mi señor vizcaino, y más adelante.

QUIÑONES.

Pareces buena, hermosa: también noche esta cenamos: cadena quedas: duermas nunca: bástala que dóila.

SOLÓRZANO.

Dice mi compañero que usted le parece buena, y hermosa: que se apareje la cena: que él dá la cadena: aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRIGÍDA.

¿Hay tal Alejandro en el mundo? Venturon, venturon, y cien mil veces venturon.

SOLÓRZANO.

Si hay algun poco de conserva, y algun traguito del devoto para el señor vizcaino, yo sé que nos valdrá por uno ciento.

CRISTINA.

Y cómo si lo hay; y yo entraré por ello, y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias.

*(Éntrase Cristina).*

QUIÑONES.

Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRÍGIDA.

¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Que la dama que se queda, que es usted, es tan buena como la que se ha entrado.

BRÍGIDA.

Y como que está en lo cierto el señor vizcaino: á fé que en este parecer que no es nada burro.

QUIÑONES.

Burro el diablo: vizcaino ingenio quereis cuando tenerlo.

BRÍGIDA.

Ya le entiendo, que dice: que el diablo es el burro y que los vizcainos cuando quieren tener ingenio le tienen.

SOLÓRZANO.

Asi es sin faltar un punto.

*Vuelve á salir Cristina con un criado ó criada, que traen una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo y servilleta.*

CRISTINA.

Bien puede comer el señor vizcaino, y sin asco: que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

QUIÑONES.

Dulce conmigo, vino y agua llaman bueno: santo le muestras, esta le bebo y otra tambien.

BRÍGIDA.

¡Ay Dios! ¡y con qué donaire lo dice el buen señor. aunque no le entiedo!

SOLÓRZANO.

Dice que con lo dulce bebe vino como agua; y que este vino es de San Martin, y que beberá otra vez.

CRISTINA.

Y áun otras ciento, su boca puede ser medida.

SOLÓRZANO.

No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver: que le he dicho yo al señor Azcaray que no beba vino en ningun modo, y no aprovecha.

QUIÑONES.

Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos, y corma es piés: tarde vuelvo, señora, Dios que te guárdate.

SOLÓRZANO.

Miren lo que dice, y verán si tengo yo razon.

CRISTINA.

¿Qué es lo que ha dicho, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Que el vino es grillo de su lengua, y corma de sus piés: que vendrá esta tarde, y que ustedes se queden con Dios.

BRÍGIDA.

¡Ay pecadora de mí, y como que se le turban los ojos y se trastraba la lengua! ¡Jesus, que ya va dando trapiés! pues monta que ha bebido mucho: la mayor lástima es esta que he visto en mi vida: miren qué mocedad y qué borrachera.

SOLÓRZANO.

Ya venía él refrendado de casa. Usted, señora Cristina, haga aderezar la cena: que yo le quiero llevar á dormir el vino, y seremos temprano esta tarde.

*(Éntrase el vizcaino y Solórzano).*

CRISTINA.

Todo estará como de molde: vayan ustedes en hora buena.

BRÍGIDA.

Amiga Cristina, muéstrame esa cadena, y déjame dar con ella dos filos al deseo: ¡ay qué linda, qué nueva, qué reluciente, y qué barata! Digo Cristina, que sin saber cómo ni cómo no, llueven los bienes sobre tí, y se te entra la ventura por las puertas, sin, solicitalla: en efecto, eres venturosa sobre las

venturosas, pero todo lo merecen tu desenfado, tu limpieza, y tu magnífico término: hechizos bastantes á rendir las más descuidadas y esentas voluntades; y no como yo, que no soy para dar migas á un gato. Toma tu cadena, hermana, que estoy para reventar en lágrimas; y no de envidia que á tí te tenga, sino de lástima que me tengo á mí.

*Vuelve á entrar Solórzano.*

SOLÓRZANO.

La mayor desgracia nos ha sucedido del mundo.

BRÍGIDA.

¡Jesus! desgracia! ¿y qué es, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

A la vuelta de esta calle, yendo á la casa, encontramos con un criado del padre de nuestro vizcaíno, el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda á punto de espirar, y le manda que al momento se parta, si quiere hallarle vivo. Trae dinero para la partida, que sin duda ha de ser luego: yo le he tomado diez escudos para usted, y vélos aquí, con los diez que usted me dió denantes; y vuélvaseme la cadena: que si el padre vive, el hijo volverá á darla, ó yo no seré don Estéban de Solórzano.

CRISTNIA.

En verdad que á mí me pesa; y no por mi interés, sino por la desgracia del mancebo, que ya le habia tomado aficion.

BRÍGIDA.

Buenos son diez escudos, ganados tan holgando:

tómalos amiga, y vuelve la cadena al señor Solórzano.

CRISTINA.

Véla aquí, y venga el dinero: que en verdad que pensaba gastar más de treinta en la cena.

SOLÓRZANO.

Señora Cristina, al perro viejo nunca tus tus: estaa tretas con los de las galleruzas, y con este hueso á otro perro.

CRISTINA.

¿Para qué son tantos refranes, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Para que entienda usted que la codicia rompe el saco: ¿tan presto se desconfió de mi palabra, que quiso usted curarse en salud, y salir al lobo al camino, como la gansa de Cantipalos? Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello, y su dueño. Venga mi cadena verdadera, y tómese usted su falsa: que no ha de haber conmigo trasformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡O hi de puta, y qué bien que la amoldáron, y qué presto!

CRISTINA.

¿Qué dice usted, señor mio, que no le entiendo?

SOLÓRZANO.

Digo que no es esta la cadena que yo dejé á usted, aunque le parece: que esta es de alquimia, y la otra es de oro de á veinte y dos quilates.

BRÍGIDA.

En mi ánima, que así lo dijo el vecino, que es platero.

CRISTINA.

Aun el diablo sería eso.

SOLÓRZANO.

El diablo ó la diabla: mi cadena venga y dejémosnos de voces; y escúsense juramentos y maldiciones.

CRISTINA.

El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase, sino es esa la cadena que usted me dejó, y que no he tenido otra en mis manos: justicia de Díos, si tal testimonio se me levantase.

SOLÓRZANO.

Que no hay para qué dar gritos; y más estando ahí el señor corregidor, que guarda su derecho á cada uno.

CRISTINA..

Si á las manos del corregidor llega este negocio, yo me doy por condenada: que tiene de mi tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira, y mi virtud por vicio. Señor mio, si yo he tenido otra cadena en mis manos, sino aquesta, de cáncer las vea yo comidas.

*Entra un alguacil.*

ALGUACIL.

¿Que voces son estas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

SOLÓRZANO.

Usted, señor alguacil, ha venido aquí como de molde: á esta señora del rumbo sevillano le empené una cadena, habrá una hora, en diez ducados, para cierto efecto: vuelvo agora á desempeñarla, y en lugar de una que le dí, que pesaba ciento y cincuenta ducados de oro de veinte y dos quilates, me vuelve esta de alquimia, que no vale dos ducados; y quiere poner mi justicia á la venta de la zarza, á voces y á gritos, sabiendo que será testigo de esta verdad esta misma señora, ante quien ha pasado todo.

BRÍGIDA.

Y cómo si ha pasado, y aun repasado; y en Dios y en mi ánima, que estoy por decir que este señor tiene razon; aunque no puedo imaginar dónde se puede haber hecho el truco, porque la cadena no ha salido de aquesta sala-

SOLÓRZANO..

La merced que el señor alguacil me ha de hacer, es llevar á la señora al corregidor, que allá nos averiguaremos.

CRISTINA.

Otra vez torno á decir, que si ante el corregidor me lleva, me doy por condenada.

BRÍGIDA.

Sí, porque no está bien con sus huesos.

CRISTINA.

De esta vez me ahórcó, de esta vez me desespero. de esta vez me chupan brujas.

SOLÓRZANO.

Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por usted, señora Cristina, siquiera porque no la chupen brujas, ó por lo menos se ahorque: esta cadena se parece mucho á la fina del vizcaino: él es mentecato y algo borrachuelo: yo se la quiero llevar, y darle á entender que es la suya; y usted contente aquí al señor alguacil, y gaste la cena de esta noche; y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

CRISTINA.

Págueselo á usted todo el cielo: al señor alguacil daré media docena de escudos: y en la cena gastaré uno, y quedaré por esclava perpétua del señor Solórzano.

BRÍGIDA.

Y yo me haré rajas bailando en la fiesta.

ALGUACIL.

Usted ha hecho como liberal y buen caballero, cuyo oficio ha de servir á las mujeres.

SOLÓRZANO.

Vengan los diez escudos que dí demasiados.

CRISTINA.

Hélos aquí: y más los seis para el señor alguacil.

*Entran dos Músicos y Quiñones el vizcaino.*

MÚSICOS.

Todo lo hemos oido y acá estamos.

QUIÑONES.

Ahora sí que puedo decir á mi señora Cristina:  
mamóla una y cien mil veces.

BRÍGIDA.

¿Han visto qué claro que habla el vizcaino?

QUIÑONES.

Nunca hablo yo turbio, sino es cuando quiero.

CRISTINA.

Que me maten si no me la han dado á tragar es-  
tos bellacos.

QUIÑONES

Señores músicos, el romance que les dí y que sa-  
ben, ¿para qué se hizo?

MÚSICOS.

La mujer más avisada,  
Ó sabe poco ó no nada.  
La mujer que más presume  
De cortar como navaja  
Los vocablos repulgados,  
Entre las godeñas pláticas:  
La que sabe de memoria.  
A Lofraso y á Diana,  
Y al caballero de Febo  
Con Olivante de Laura:  
La que seis veces al mes  
Al gran Don Quijote pasa,  
Aunque más sepa de aquesto,  
Ó sabe poco ó no nada.

La que se fia en su ingenio,  
Lleno de fingidas trazas,  
Fundadas en interés  
Y en voluntades tiranas:  
La que no sabe guardarsé,  
Cual dicen, del agua mansa,  
Y se arroja á las corrientes,  
Que ligeramente pasan:  
La que piensa que ella sola  
Es el colmo de la nata,  
En esto del trato alegre,  
Ó sabe poco ó no nada.

CRISTINA.

Ahora bien, yo quedo burlada, y con todo esto  
convido á ustedes para esta noche.

QUIÑONES.

Aceptamos el convite; y todo saldrá en la colada.

FIN DE ESTE ENTREMES.



---

ENTREMES

DE LA GUARDA CUIDADOSA.

---

*Sale un Soldado á lo picaro, con una muy mala banda  
y un antojo, y detrás de él un mal Sacristan.*

SOLDADO.

¿Qué me quieres, sombra vana?

SACRISTAN.

No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLDADO.

Pues con todo eso, por la fuerza de mi desgracia  
te conjuro, que me digas ¿quién eres, y qué es lo que  
buscas por esta calle?

SACRISTAN.

A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha: que  
soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristan de esta parro-  
quia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas  
y no hallas.

SOLDADO.

¿Buscas por ventura á Cristinica, la fregona de es-  
ta casa?

SACRISTAN.

*Tú dixisti.*

SOLDADO.

Pues ven acá, sota-sacristan de Satanás.

SACRISTAN.

Pues voy allá, caballo de Ginebra.

SOLDADO.

Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿y tú sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mia?

SACRISTAN.

¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mia?

SOLDADO.

Vive Dios, que te dé mil cuchilladas, y que te haga la cabeza pedazos.

SACRISTAN..

Con las que le cuelgan de esas calzas, y con los de ese vestido, se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLDADO.

¿Has hablado alguna vez á Cristina?

SACRISTAN.

Cuando quiero.

SOLDADO.

¿Qué dádivas le has hecho?

SACRISTAN.

Muchas.

SOLDADO.

¿Cuántas y cuáles?

SACRISTAN.

Díle una de estas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas, como la misma nieve; y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

SOLDADO.

¿Qué más le has dado?

SACRISTAN.

En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

SOLDADO.

¿Y ella cómo te ha correspondido?

SACRISTAN.

Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLDADO.

¿Luego no eres de epístola?

SACRISTAN.

Ni aun de completas: motilon soy, y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad, y presto lo veredes.

SOLDADO.

Ven acá, motilon arrastrado, respóndeme á esto que preguntar te quiero: si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, á la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá á la grandeza de las mias? Que el otro dia le envié un billete amoroso, escrito, por lo menos, en un revés de un memorial que dí á su Magestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes: que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre: el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor; y sin atender á que sin duda alguna me podia valer cuatro ó seis reales, con liberalidad increíble, y con desenfado notable, escribí en el revés de él, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó á las suyas casi santas.

SACRISTAN.

¿Hásle enviado otra cosa?

SOLDADO.

Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias, que para descubrir su pasion los buenos ena-

morados usan, y deben usar en todo tiempo y sazón.

SACRISTAN.

¿Háсле dado alguna música concertada?

SOLDADO.

La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.

SACRISTAN.

Pues á mí me ha acontecido dársela con mis campanas á cada paso, y tanto, que tengo enfadada á toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, solo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome á su servicio; y aunque haya de tocar á muerto, repico á visperas solenes.

SOLDADO.

En eso me llevas ventaja; porque no tengo que tocar, ni cosa que lo valga.

SACRISTAN.

¿Y de qué manera ha correspondido Cristina á la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

SOLDADO.

Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona, y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y á su puerta; porque soy su guarda cuidadosa, soy en fin, el perro del hortelano, etcétera. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno

mientras yo viviere: por eso váyase de aquí el señor sota-sacristan, que por haber tenido y tener respeto á las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SACRISTAN.

A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLDADO.

El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado rato por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos; porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase, que haré lo que dicho tengo.

SACRISTAN.

¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

SOLDADO.

¿Qué puede ser un Pasillas?

SACRISTAN.

Agora lo veredes, dijo Agrages.

*(Éntrase el Sacristan.)*

SOLDADO.

¡Ó mujeres, mujeres, todas ó las más, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, á esta flor, á este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sota-sacristan, pudiendo acomodarte con un

sacristan entero, y aun con un conónigo? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguardo tu gusto, con ojear de esta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna via pueden ser tus amantes; y así vendré á alcanzar nombres de la guarda cuidadosa.

*Entra un Mozo con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen.*

MOZO.

Den por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡Ha de casa! ¿dan la limosna?

SOLDADO.

Hola, amigo Santa Lucía, venid acá: ¿qué es lo que quereis en esta casa?

MOZO.

¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de la señora Santa Lucía.

SOLDADO.

¿Pedís para la lámpara, ó para el aceite de la lámpara? que como decís limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite, no el aceite de la lámpara.

MOZO.

Ya todos entienden que pidó para el aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.

SOLDADO.

¿Y suelen os dar limosna en esta casa?

MOZO.

Cada dia dos maravedís.

SOLDADO.

¿Y quién sale á dároslo?

MOZO.

Quien se halla más á mano, aunque las más veces sale una fregoncita, que se llama Cristina, bonita como un oro.

SOLDADO.

Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

MOZO.

Y como unas perlas.

SOLDADO.

¿De modo que no os parece mal á vos la mo-  
chacha?

MOZO.

Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

SOLDADO.

¿Cómo os llamis? que no querria volveros á lla-  
mar Santa Lucía.

MOZO.

Yo, señor, Andrés me llamo.

SOLDADO.

Pues señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de á ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro dias de la limosna que le dan en esta casa, y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro dias no vuelva á llegar á esta puerta, ni por lumbre, que le romperé las costillas á coces.

MOZO.

Ni aun volveré en este mes si es que me acuerdo: no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy.

SOLDADO.

(Váse).

SOLDADO.

No sino dormios, guarda cuidadosa.

*Entra otro mozo vendiendo y pregonando tranceras, holanda de Cambroy, randas de Flandes, é hilo portugués.*

UNO.

¿Compran tranceras, randas de Flandes. Holanda, Cambray, hilo portugués?

*Cristina á la ventana.*

CRISTINA.

Hola, Manuel: ¿traeis vivos para unas camisas?

UNO.

Sí traigo, y muy buenos.

CRISTINA.

Pues entra, que mi señora los ha menester.

SOLDADO.

!Ó estrella de mi perdicion, ántes que norte de mi esperanza! Tranzaderas, ó como os llamais, ¿conoceis aquella doncella que os llamó desde la ventana?

UNO.

Sí conozco, ¿pero por qué me lo pregunta vuesa merced?

SOLDADO.

¿No tiene muy buen rostro, y muy buena gracia?

UNO.

Á mí asi me lo parece.

SOLDADO.

Pues tambien me parece á mí que no entre dentro de esa casa, si no, por Dios juro de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano.

UNO.

¿Pues no puedo yo entrar á donde me llaman, para comprar mi mercadería?

SOLDADO.

Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego.

UNO.

¡Terrible caso! pasito, señor soldado, que ya me voy.

*(Váse Manuel).*

*Cristina á la ventana.*

CRISTINA.

¿No entras, Manuel?

SOLDADO.

Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque á muertos y á vivos tienes debajo de tu mano y señorío.

CRISTINA.

¡Jesus, y qué enfadoso animal! ¿Que quieres en esta calle y en esta puerta?

*(Éntrase Cristina).*

SOLDADO.

Encubrióse y púsose mi sol detrás de las nubes.

*Entra un Zapatero con unas chinelas pequeñas nuevas en la mano; y yendo á entrar en casa de Cristina, tiénele el soldado.*

SOLDADO.

¿Señor bueno, busca usted algo en esta casa?

ZAPATERO.

Sí busco.

SOLDADO.

¿Y á quién, si fuere posible saberlo?

ZAPATERO.

¿Por qué no? Busco á una fregona, que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLDADO.

¿De manera que usted es su zapatero?

ZAPATERO.

Muchas veces la he calzado.

SOLDADO.

¿Y hále de calzar ahora estas chinelas?

ZAPATERO.

No será menester: si fueran zapatillas de hombre, como ella los suele traer, si calzára.

SOLDADO.

¿Y éstas están pagadas, ó no?

ZAPATERO.

No están pagadas, que ella me las ha de pagar ahora.

SOLDADO.

¿No me haría usted una merced, que sería para mí muy grande? y es, que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen hasta desde aquí á dos días, que espero tener dineros en abundancia.

ZAPATERO.

Sí haré, por cierto: venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar á nadie.

SOLDADO.

Yo le daré á usted un mondadientes, que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene usted la tienda, para que vaya á quitarle?

ZAPATERO.

En la calle mayor, en un poste de aquellos, y llámome Juan Juncos.

SOLDADO.

Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es este, y estímele usted mucho, porque es mio.

ZAPATERO.

¿Pues una viznaga, que apenas vale dos maravedís, quiere usted que estime en mucho?

SOLDADO.

¡Ó pecador de mí! no la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque cuando vaya á hechar mano á la faldriquera, y no halle la viznaga, me venga á

la memoria que la tiene usted y vaya luego á quitalla; si á fé de soldado, que no la doy por otra cosa; pero si no está contento con ella añadiré esta banda y este antojo: que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAPATERO.

Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar á vuestra merced de sus joyas y preseas: vuestra merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más á cuento.

SOLDADO.

¿Cuántos puntos tienen?

ZAPATERO.

Cinco escasos.

SOLDADO.

Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros. Escuche vuestra merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso que me ha salido medido:

Chinela de mis entrañas.

ZAPATERO.

¿Es poeta vuestra merced?

SOLDADO.

Famoso, y agora lo verá, estéme atento.  
Chinelas de mis entrañas.

GLOSA.

Es amor tan gran tirano,  
Que olvidado de la fe  
Que le guardo siempre en vano,  
Hoy con la funda de un pié,  
Dá á mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,  
Fundas pequeñas y hurañas,  
Que ya mi alma imagina  
Que sois, por ser de Cristina,  
Chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.

Á mí poco se me entiende de trovas; pero estas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.

SOLDADO.

Pues señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas, llévelo, á lo menos, de que vuestra merced me las guarde hasta desde aquí á dos dias que yo vaya por ellas; y por ahora digo por esta vez al señor zapatero que no ha de ver ni hablar á Cristina.

ZAPATERO.

Yo haré lo que me manda el señor soldado; porque se me trasluce de qué pies cojea; que son dos, el de la necesidad y el de los zelos,

SOLDADO.

Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAPATERO.

¡Ó zelos, zelos, cuán mejor os llamarán duelos, duelos!

*(Éntrase el zapatero.)*

SOLDADO.

No sino seais guarda, y guarda cuidadosa, y vereis como se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento: ¿pero qué voz es esta? sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando cuando barre ó friega.

*(Suenan dentro platos, como que friegan y cantan.)*

Sacristan de mi vida, ténme por tuya,  
Y fiado en mi fe canta aleluya.

SOLDADO.

Oidos que tal oyen: sin duda el sacristan debe de ser el brinco de su alma. ¡Ó platera la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué así como limpias esa loza talaveril, que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

*(Entra el amo de Cristina.)*

AMO.

Galan, ¿Qué quiere ó qué busca á esta puerta?

SOLDADO.

Quiero más de lo que seria bueno, y busce lo que no hallo; ¿pero quién es vuestra merced que me lo pregunta?

AMO.

Soy el dueño de esta casa.

SOLDADO.

¿El amo de Cristinica?

AMO.

El mismo.

SOLDADO.

Pues lléguese vuestra merced á esta parte, y tome este envoltorio de papeles: y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veintidos fes de veintidos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amen de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO.

Pues no há habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años á esta parte.

SOLDADO.

Vuestra merced es hombre pacífico, y no está obligado á entendersele mucho de las cosas de la guerra: pase los ojos por esos papeles, y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

AMO.

Yo los doy por pasados y vistos: ¿pero de qué sirve darme cuenta de esto?

SOLDADO.

De que hallará vuestra merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas, que están vacas en el reino de Nápoles; conviene á saber, Gaeta, Barleta y Rijobes.

AMO.

Hasta agora ninguna cosa me importan á mí estas relaciones que vuestra merced me dá.

SOLDADO.

Pues yo sé que le han de importar siendo Dios servido.

AMO.

¿En qué manera?

SOLDADO.

En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveido en una de estas plazas, y quiero ca-

serme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuestra merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda, como de cosa propia: que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuestra merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

AMO.

Vuestra merced lo ha de los cascos, más que otra parte.

SOLDADO.

¿Pues sabe cuánto le va, señor dulce, que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar las umbrales de su casa?

AMO.

¡Hay tal disparate! ¿y quién ha de ser bastante para quitarme que no entren en mi casa?

*Vuelve el sota-sacristan Pasillas, armado con un tapador de tinaje y una espada muy mohosa: viene con él otro sacristan, con un morrion, y una vara ó palo atado á él un rabo de zorra.*

SACRISTAN.

Ea, amigo Grajales, que este es el turbador de mi sosiego.

GRAJALES.

No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas, que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

AMO.

Ténganse, gentiles hombres: ¿qué desman y qué accinamiento es este?

SOLDADO.

¿Ladrones, á traicion y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto á tal que os tengo de horadar, aunque tengais más órdenes que un ceremonial: cobarde, ¿á mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, ó piensas que estás quitando el polvo á alguna imágen de bulto?

GRAJALES.

No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

*(Á la ventana Cristina y su ama).*

CRISTINA.

Señora, señora, que matan á mi señor: más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista.

ELLA.

Dices verdad, hija mia: Dios sea con él: santa Ursula, con las once mil vírgenes sea en su guarda: ven Cristina, y bajemos á socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO.

Por vida de vuestras mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de supercheria con nadie.

SOLDADO.

Tente rabo, y tente, tapadorcillo, no acabeis de despertar mi cólera: que si la acabo de despertar, os mataré, y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO.

Téngase digo; sino por Dios que me descomponga de modo, que pese á alguno.

SOLDADO.

Por mí tenido soy, que te tengo respeto, por la imágen que tienes en tu casa.

SACRISTAN.

Pues aunque esa imágen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLDADO.

¿Han visto la desvergüenza de este bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dio, que está en Lisboa?

*Salen Cristina y su señora.*

ELLA.

¡Ay, marido mio! ¿Estais por desgracia herido, bien de mi alma?

CRISTINA.

¡Ay desdichada de mí! por el siglo de mi padre,

que son los de la pendencia mi sacristan y mi soldado.

SOLDADO.

Aun bien que voy á la parte con el sacristan, que tambien dijo mi soldado.

AMO.

No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA.

¿Cómo por Cristinica?

AMO.

Á lo que yo entiendo, estos galanes andan zelosos por ella.

ELLA.

¿Y es este verdad, muchacha?

CRISTINA.

Sí señora.

ELLA.

Mirad con qué poca vergüenza lo dice; ¿y háte deshonrado algunos de ellos?

CRISTINA.

Sí señora.

ELLA.

¿Cuál?

CRISTINA.

El sacristan me deshonró el otro dia, cuando fui al rastro.

ELLA.

¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande, y no convenia apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? ¿Y dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

CRISTINA.

Á ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

ELLA.

¿Cómo en mitad de la calle?

CRISTINA.

Allí en mitad de la calle de Toledo, á vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia, y de deshonestá, de poca vergüenza, y ménos miramiento, y otros muchos baldones de este jaez, y todo por estar zeloso de aquel soldado.

AMO.

¿Luego no ha pasado otra cosa entre tí, ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

CRISTINA.

No por cierto, porque luego se le pasó la cólera.



ELLA.

El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRISTINA.

Y más, que todo cuanto me dijo fué confiado en esta cédula, que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

AMO.

Muestra, veamos.

ELLA.

Leedla alto, marido.

AMO.

Asi dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, sota-sacris-  
»tan de esta parroquia, que quiero bien y muy bien  
»á la señora Cristina de Parrazes; y en fé de esta  
»verdad, le dí esta firmada de mi nombre, fecha en  
»Madrid, en el cimiterio de San Andrés, á seis de  
»mayo, este presente año de mil y seiscientos y once.  
»Testigos mi corazon, mi entendimiento, mi volun-  
»tad y mi memoria.

*Lorenzo Pasillas.»*

¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

SACRISTAN.

Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo

aquello que ella quisiere que yo haga por ella; porque quien dá la voluntad, lo dá todo.

AMO.

¿Luego si ella quisiese, bien os casaríades con ella?

SACRISTAN.

De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedis de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mia; segun me han escrito de mi tierra.

SOLDADO.

Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve dias hace hoy, que al entrar de la Puente Segoviana dí yo á Cristina la mia, con todos los anejos á mis tres potenciaa; y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá á decir de ser castellano de un famoso castillo, á un sacristan no entero, sino medio, y áun de la mitad le debe de faltar algo.

AMO.

¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

CRISTINA.

Sí tengo.

AMO.

Pues escoge de estos dos que se te ofrecen el que más te agradare.

CRISTINA.

Tengo vergüenza.

ELLA.

No la tengas, porque el comer, y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad agena.

CRISTINA.

Vuestras mercedes, que me han criado, me darán marido que me convenga, aunque todavía quisiera escoger.

SOLDADO.

Niña, échame el ojo, mira mi garbo: soldado soy: castellano pienso ser: brio tengo de corazón: soy el más galán hombre del mundo; y por el hilo de este vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SACRISTAN.

Cristina, yo soy músico, aunque de campanas: para adornar una tumba, y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO.

Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te agrada, que yo gusto de ello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLDADO.

Yo me allano.

SACRISTAN.

Y yo me rindo.

CRISTINA.

Pues escojo al sacristan.

*(Han entrado los músicos).*

AMO.

Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos á celebrar el desposorio, cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLDADO.

Acepto:  
Que donde hay fuerza da hecho  
Se pierde cualquier derecho.

MÚSICO.

Pues hemos llegado á tiempo, este será el estribillo de nuestra letra.

*Cantan el estribillo.*

Siempre escogen las mujeres  
Aquello que vale ménos,  
Porque excede su mal gusto  
Á cualquier merecimiento.  
Ya no se estima el valor,  
Porque se estima el dinero,  
Pues un sacristan prefieren  
Á un roto soldado lego;  
Mas no es mucho, que quien vió  
Que fué su voto tan necio,

Que á sagrado se acogiese,  
Que es de delincuentes puerto:  
Que á donde hay fuerza, etc.

Como es propio de un soldado,  
Que es solo en los años viejo,  
Y se halla sin un cuarto,  
Porque ha dejado su tercio  
Imaginar que ser puede  
Pretendiente de Gaiferos  
Conquistando por lo bravo  
Lo que yo por manso adquiero;  
No me afrentan tus razones,  
Pues has perdido en el juego,  
Que siempre un picado tiene  
Licencia para hacer fieros.  
Que á donde, etc.

*(Éntranse cantando y bailando).*

FIN DE ESTE ENTREMES.

---

## ENTREMES

DEL VIEJO ZELOSO.

---

*Salen Doña Lorenza, y Cristina su criada, y Hortigosa,  
su vecina.*

LORENZA.

Milagro ha sido éste, señora Hortigosa, el no haber dado la vuelta á la llave, mi duelo, mi yugo y mi desesperacion: este es el primero dia, despues que me casé con él, que hablo con persona de fuera de casa: que fuera le vea yo de esta vida á él y á quien con él me casó.

HORTIGOSA.

Ande, mi señora doña Lorenza, no se quejetanto que con una caldera vieja se compra otra nueva.

LORENZA.

Y aun con esos y otros semejantes villancicos ó refranes me engañaron á mí: que malditos sean sus dineros, fuera de las cruces, malditas sus joyas, malditas sus galas, y maldito todo cuando me da y promete. ¿De qué me sirve á mí todo aquesto, si en

mitad de la riqueza estoy pobre, y en medio de la abundancia con hambre?

CRISTINA.

En verdad, señora tia, que tienes razon: que mas quisiera yo andar con un trapo atrás y otro adelante, y tener un marido mozo, que verme casada y enlodada con ese viejo podrido, que tomaste por esposo.

LORENZA.

¿Yo le tomé, sobrina? Á la fé díomele quien pudo; y yo, como muchacha, fuí mas presta al obodecer, que al contradecir; pero si yo tuviera tanta esperiencia de estas cosas, ántes me tarazara la lengua con los dientes, que pronunciar aquel sí, que se pronuncia con dos letras, y da que llorar dos mil años: pero yo imagino que no fué otra cosa, sino que había de ser esta; y que las que han de suceder forzosamente, no hay prevencion ni diligencia humana que las prevenga.

CRISTINA.

Jesús, y de mal vijeo: toda la noche daca el orinal, toma el orinal: levántate, Cristinica, y caliéntame unos paños, que me muero de la hijada: dame aquellos juncos, que me fatiga la piedra: con mas unguentos y medicinas en el aposento, que si fuera una botica: y yo, que apenas sé vestirme, tengo de servirle de enfermera: pux, pux, pux, vieio clueco, tan potroso como zeloso, y el mas zeloso del mundo.

LORENZA.

Díe la verdad mi sobrina.

CRISTINA.

¡Pluguiera á Dios que nunca yo la dijera en esto!

HORTIGOSA.

Ahora bien, señora doña Lorenza, usted haga lo que le tengo aconsejado, y verá cómo se halla muy bien con mi consejo. El mozo es como un ginjo verde: quiere bien, sabe callar y agradecer lo que por él se hace; y pues los zelos y el recato del viejo no nos dan lugar á demandas ni á respuestas, resoluciones y buen ánimo: que por la órden que hemos dado, yo le pondré al galan en su aposento de usted y le sacaré, si bien estuviese el viejo mas ojos que Argos, y vieses más que un zahorí, que dicen que ve siete estados debajo de la tierra.

LORENZA.

Como soy primeriza, estoy temerosa; y no querria, á trueco del gusto, poner á riesgo la honra.

CRISTINA.

Eso me parece, señora tia, á lo de cantar de Gomez Arias: señor Gomez Arias, doleos de mí, soy niña y muchacha, nunca en tal me ví.

LORENZA.

Algun espiritu malo debe hablar en tí, sobrina, segun las cosas que dices.

CRISTINA.

Yo no sé quién habla; pero yo sé que haria todo

aquello que la señora Hortigosa ha dicho, sin faltar punto.

LORENZA.

¿Y la honra, sobrina?

CRISTINA.

¿Y el holgarnos, tia?

LORENZA.

¿Y si se sabe?

CRISTINA.

¿Y si no se sabe?

LORENZA.

¿Y quién me asegurará á mí que no se sepa?

HORTIGOSA.

¿Quién? la buena diligencia, la sagacidad, la industria; y sobre todo el buen ánimo y mis trazas.

CRISTINA.

Mire, señora Hortigosa, tráiganosle galan, limpio, desenvuelto, un poco atrevido, y sobre todo mozo.

HORTIGOSA.

Todas esas partes tiene el que he propuesto, y otras dos más, que es rico y liberal.

LORENZA.

Que no quiero riquezas, señora Hortigosa: que me sobran las joyas, y me ponen en confusion las diferencias de colores de mis muchos vestidos: hasta

eso no tengo que desear, que Dios le dé salud á Cañizares, más vestida me tiene que un palmito, y con más joyas que la vedriera de un platero rico. No me clavaré él las ventanás, cerrará las puertas, visitará á todas horas la casa, desterrará de ella los gatos y los perros, solamente porpue tienen nombre de varon: que á trueco de que no hiciera esto, y otras cosas no vistas en materia de recato, yo le perdonaría sus dávidas y mercedes.

HORTIGOSA.

¿Qué tan zeloso es?

LORENZA.

Digo, que le vendian el otro dia una tapicería á bonísimo precio, y por ser de figuras no la quiso; y compró otra de verduras, por mayor precio, aunque no era tan buena. Siete puertas hay ántes que se llegue á mi aposento, fuera de la puerta de la calle, y todas se cierran con llave; y las llaves no me ha sido posible averiguar dónde las esconde de noche.

CRISTINA.

Tia, la llave de loba, creo que se la pone entre las faldas de la camisa.

LORENZA.

No lo creas, sobrina: que yo duermo con él y jamas le he visto, ni sentido que tenga llave alguna.

HORTIGOSA.

Y más, que toda la noche anda como trasgo por toda la casa; y si acaso dan alguna música en la calle, les tiras de pedradas porque se vayan: es un malo, es un brujo, es un viejo, que no tengo más que decir.

LORENZA.

Señora Hortigosa, váyase, no venga el gruñidor y

la halle conmigo: que seria echarlo á perder todo; y lo que ha de hacer, hágalo luego: que estoy tan aburrida, que no me falta sino echarme una soga al cuello, para salir de tan mala vida.

HORTIGOSA.

Quizá con esta que ahora se comenzará se le quitará toda esa mala gana, y le vendrá otra más saludable, y que más la contente.

CRISTINA.

Asi suceda; aunque me costase á mí un dedo de la mano: que quiero mucho á mi señora tia, y me muero de verla tan pensativa y angustiada en poder de este viejo y reviejo; y más que viejo; y no me puedo hartar de decille viejo.

LORENZA.

Pues en verdad que te quiere bien, Cristina.

CRISTINA.

¿Deja por eso de ser viejo? Cuanto más, que yo he oido decir que siempre los viejos son amigos de niñas.

HORTIGOSA.

Así es la verdad, Cristina, y á Dios, que en acabando de comer doy la vuelta. Usted esté muy en lo que dejamos concertado, y verá cómo salimos y entramos bien en ello.

CRISTINA.

Señora Hortigosa, hágame merced de traerme á mí un frailecico pequeñito, con quien yo me huelgue.

HORTIGOSA.

Yo se le traeré á la niña pintado.

CRISTINA.

Que no le quiero pintado, sino vivo, vivo, chiquito como unas perlas.

LORENZA.

¿Y si lo ve tío?

CRISTINA.

Diréle yo que es un duende, y tendrá de él miedo, y holgaréme yo.

HORTIGOSA.

Digo que yo le trairé; y á Dios.

*(Vasé Hortigosa).*

CRISTINA.

Míre, tia, si Hortigosa trae algun galan, y á mí el frailecico, y si señor los viere, no tenemos más que hacer, sino cogerle entre todos, y ahogarle, y echarle en el pozo ó enterrarle en la caballeriza.

LORENZA.

Tal eres tú, que creo lo harias mejor que lo dices.

CRISTINA.

Pues no sea él viejo zeloso, y déjenos vivir en paz; pues no le hacemos mal alguno, y vivimos como unas santas.

*(Éntrase),*

*Salen Cañizares, viejo, y un compadre suyo.*

CAÑIZARES.

Señor compadre, señor compadre: el setenton que se casa con quince, ó carece de entendimiento, ó tiene gana de visitar el otro mundo lo más prèsto que le sea posible. Apénas me casé con doña Lorenzica, pensando tener en ella compañía y regalo, y persona que se hallase en mi cabecera, y me cerrase los ojos al tiempo de mi muerte, cuando me embistieron una turba multa de trabajos y desasosiegos: tenía casa y busqué casar: estaba pesado y despo-seme.

COMPADRE.

Compadre, error fué, pero no muy grande; porque

segun el dicho apóstol, mejor es casarse que abrasarse.

CAÑIZARES.

Que no habia de abrasar en mí, señor compadre, que con la menor llamarada quedára hecho ceniza: compañía quise, compañía busqué, compañía hallé; pero Dios lo remedie, por quien él es.

COMPADRE.

¿Tiene zelos, señor compadre?

CAÑIZARES.

Del sol que mira á Lorencita, del aire que le toca, de las faldas que la vapulean.

COMPADRE.

¿Dále ocasion?

CAÑIZARES.

Ni por pienso, ni tiene por qué, ni cómo, ni cuándo, ni á dónde: las ventanas, amen de estar con llave, las guarnecen rejas, y celosías: las puertas jamás se abren: vecina no atraviesa mis umbrales, ni los atravesará mientras Dios me diera vida. Mirad, compadre, no les vienen los malos aires á las mujeres de ir á los jubileos, ni á las procesiones, ni á todos los actos de regocijos públicos: donde ellas se mancan, donde ellas se estropean, y á donde ellas se dañan, es en casa de las vecinas, y de las amigas: más maldades encubre una mala amiga, que la capa de la noche: más conciertos se hacen en su casa y más se concluyen, que en una asamblea.

COMPADRE.

Yo asi lo creo; pero si la señora doña Lorenza no sale de casa, ni nadie entra en la suya, ¿de qué vive descontento mi compadre?

CAÑIZARES.

De que no pasará mucho tiempo en que no caya.

Lorencica en lo que le falta: que será un mal caso, y tan malo, que en solo en pensallo le temo, y de temerle me desespero, y de desesperarme vivo con disgusto.

COMPADRE.

Y con razon se puede tener ese temor; porque las mujeres querrian gozar enteros los frutos del matrimonio.

CAÑIZARES.

La mia los goza doblados.

COMPADRE.

Ahí está el daño, señor compadre.

CAÑIZARES.

No, no, ni por pienso; porque es más simple Lorencica que una paloma, y hasta agora no entiende nada de esas filaterías; y á Dios, señor compadre, que me quiero entrar en casa.

COMPADRE.

Yo quiero entrar allá, y ver á mi señora doña Lorenza.

CAÑIZARES.

Habeis de saber, compadre, que los antiguos latinos usaban de un refran, que decia: *amicus usque ad aras*, que quiere decir: el amigo hasta el altar; infiriendo que el amigo ha de hacer por su amigo todo aquello que no fuere contra Dios; y yo digo, que mi amigo *usque ad portam*, hasta la puerta, que ninguno ha de pasar mis quicios; y á Dios, señor compadre, y perdóneme.

(Éntrase Cañizares).

COMPADRE.

En mi vida he visto hombre más recatado, ni más zeloso, ni más impertinente; pero este es de aquellos que traen la sogá arrastrando, y de los que siempre vienen á morir del mal que temen.

(*Éntrase el compadre. Salen doña Lorenza y Cristina.*)

CRISTINA.

Tia, mucho tarda tío, y más tarda Hortigosa.

LORENZA.

Más que nunca él acá viniese, ni ella tampoco; porque él me enfada, y ella me tiene confusa.

CRISTINA.

Todo es probar, señora tia, y cuando no saliere bien, darle del codo.

LORENZA.

¡Ay, sobrina! que estas cosas, ó yo sé poco, ó sé que todo el daño está en probarlas.

CRISTINA.

Á fé, señora tia, que tiene poco ánimo, y que sí yo fuera de su edad, que no me espantáran hombres armados.

LORENZA.

Otra vez torno á decir, y diré cien mil veces, que Satanás habla en tu boca: mas ¡ay! ¿cómo se ha entrado, señor?

CRISTINA.

Debe de haber abierto con la llave maestra.

LORENZA.

Encomiendo yo al diablo sus maestrías y sus llaves.

*Sale Cañizares.*

CAÑIZARES.

¿Con quién hablábades, doña Lorenza?

LORENZA.

Con Cristinica hablaba.

CAÑIZARES.

Miradlo bien, doña Lorenza.

LORENZA.

Digo que hablaba con Cristinica: ¿con quién ha-

bia de hablar? ¿Tengo yo, por ventura, con quién?

CAÑIZARES.

No querría que tuviédes algún soliloquio con vos misma, que redundase en mi perjuicio.

LORENZA.

Ni entiendo esos circunloquios que decís, ni aun los quiero entender; y tengamos la fiesta en paz.

CAÑIZARES.

Ni aun las vísperas no querría yo tener en guerra con vos: ¿pero quién llama á aquella puerta con tanta priesa? Mira, Cristinica, quién es, y si es pobre, dale limosna y despídele.

CRISTINA.

¿Quién está ahí?

HORTIGOSA.

La vecina Hortigosa es, señora Cristina.

CAÑIZARES.

¿Hortigosa y vecina? Dios sea conmigo: pregúntale, Cristina, lo que quiere, y dáselo, con condicion que no atravesese estos umbrales.

CRISTINA.

¿Y qué quiere, señora vecina?

CAÑIZARES.

El nombre de vecina me turba y sobresalta: llámala por su propio nombre, Cristina.

CRISTINA.

Responda: ¿y qué quiere, señora Hortigosa?

HORTIGOSA.

Al señor Cañizares quiero suplicar un poco, en que me va la honra, la vida y el alma.

CAÑIZARES.

Decidle, sobrina á esa señora, que á mí me va todo eso y más en que no entre acá dentro.

LORENZA.

¡Jesus, y qué condicion tan extravagante! ¿Aquí no estoy delante de vos? ¿Hánme de comer de ojo? ¿Hánme de llevar por los aires?

CAÑIZARES.

Entre con cien mil bercebues, pues vos lo quereis.

CRISTINA.

Entre, señora vecina.

CAÑIZARES.

Nombre fatal para mi es el de vecina.

*Entra Hortigosa, y trae un guadamecí, y en las pieles de las cuatro esquinas han de venir pintados Rodamonte, Mandricardo, Rugero y Gradaso: y Rodamonte venga pintado como arrebozado.*

HORTIGOSA.

Señor mio de mi alma, movida y incitada de la buena fama de vuestra merced, de su gran caridad, y de sus muchas limosnas, me he atrevido de venir á suplicar á vuestra merced me haga tanta merced, caridad y limosna y buena obra de comprarme este guadamecí, porque tengo un hijo preso por unas heridas que dió á un tundidor; y ha mandado la justicia que declare el cirujano, y no tengo con qué pagalle, le corre peligro y no echen otros embargos, que podrian ser mucho, á causa que es muy travieso mi hijo; y querria echarle hoy, ó mañana, si fuese posible, de la cárcel: la obra es buena, el guadamecí nuevo, y con todo eso le daré por lo que vuestra merced quisiere darme por él, que en más está la monta, y como esas cosas he perdido yo en esta vida: tenga vuestra merced de esa punta, señora mia, y descojámosle, porque vea el señor Cañizares que no hay engaño en mis palabras: alce más, señora mia, y mire cómo es bueno de caida, y las pinturas de los cuadros parece que están vivas.

(Al alzar y mostrar el cuadro, entra por detrás de él un galán; y como Cañizares ve los retratos, dice:)

CAÑIZARES.

¡Ó qué lindo Rodamonte! ¿Y qué quiere el señor rebozadito en mi casa? Aun si supiese que tan amigo soy yo de estas cosas, y de estos rebocitos, espantarseía.

CRISTINA.

Señor tío, yo no sé nada de rebozados, y si él ha entrado en casa, la señora Hortigosa tiene la culpa, que á mí el diablo me lleve, si dije, ni hice nada para que él entrase; no en mi conciencia: aun el diablo sería, si mi señor tío me echase á mí la culpa de su entrada.

CAÑIZARES.

Ya yo lo veo, sobrina, que la señora Hortigosa tiene la culpa; pero no hay de qué maravillarme, porque ella no sabe mi condicion, ni cuán enemigo soy de aquestas pinturas.

LORENZA.

Por las pinturas lo dice, Cristinica, y no por otra cosa.

CRISTINA.

Pues por esas digo yo. ¡Ay, Dios sea conmigo! Vuelto se me há el ánima al cuerpo, que ya andaba por los aires.

LORENZA.

Quemado vea yo ese pico de once varas: en fin, quien con muchachos se acuesta, etc.

CRISTINA.

¡Ay, desgraciada, y en qué peligro pudiera haber puesto toda esta baraja!

CAÑIZARES.

Señora Hortigosa, yo no soy amigo de figuras re-

bozadas ni por rebozar: tome este doblon, con el cual podrá remediar su necesidad, y váyase de mi casa lo más presto que pudiere, y ha de ser luego, y llévese su guadamecí.

HORTIGOSA.

Viva vuestra merced más años que Matute el de Jerusalem, en vida de mi señora doña... no sé cómo se llama; á quien suplico me mande: que la serviré de noche y de dia, con la vida y con el alma, que la debe de tener ella como la de una tortolica simple.

CAÑIZARES.

Señora Hortigosa, abrevie y váyase, y no se esté agora juzgando almas ajenas.

HORTIGOSA.

Si vuestra merced hubiere menester algun pegadillo para la madre, téngolos milagrosos, y si para mal de muelas, sé unas palabras que quitan el dolor como con la mano.

CAÑIZARES.

Abrevie, señora Hortigosa: que doña Lorenza ni tiene madre, ni dolor de muelas: que todas las tiene sanas y enteras, que en su vida se ha sacado muela alguna.

HORTIGOSA.

Ella se las sacará, placiendo al cielo; porque le dará muchos años de vida; y la vejez es la total destruccion de la dentadura.

CAÑIZARES.

Aquí de Dios, que no será posible que me deje esta vecina. Hortigosa, ó diablo, ó vecina, ó lo que eres, vete con Dios y déjame en mi casa.

HORTIGOSA.

Justa es la demanda; y vuestra merced no se enoje, que ya me voy.

(Váse Hortigosa).

CAÑIZARES.

¡Ó vecinas, vecinas! Escaldado quedo aún de las buenas palabras de esta vecina, por haber salido por boca de vecina.

LORENZA.

Digo que teneis condicion de bárbaro y de salvaje; ¿y qué ha dicho esta vecina, para que quedeis con ojeriza contra ella? Todas vuestras buenas obras las haceis en pecado mortal: dístesle dos docenas de reales, acompañados con otras dos docenas de injurias, boca de lobo, lengua de escorpion, y silo de malicias.

CAÑIZARES.

No, no, á mal viento va esta parva: no me parece bien que volvais tanto por vuestra vecina.

CRISTINA.

Señora tia, éntrese allá dentro y desenójese; y deje á tio que parece que está enojado.

LORENZA.

Asi lo haré, sobrina; y aún quizá no me verá la cara en estas dos horas; y á fe, que yo se la dé á beber por más que la rehuse.

*(Entrase doña Lorenza).*

CRISTINA.

¿Tio, no vé cómo ha cerrado de golpe? Y creo que va á buscar una tranca para asegurar la puerta.

*(Doña Lorenza por dentro).*

¿Cristinica? ¿Cristinica?

CRISTINA.

¿Qué quiere, tia?

LORENZA.

¡Si se supiese qué galan me ha deparado la buena suerte! Mozo, bien dispuesto, pelinegro y que le huele la boca á mil hazahares.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras, y qué niñerías! ¿Está loca, tía?

LORENZA.

No estoy sino en todo mi juicio; y en verdad, que si le vieses, que se te alegrase el alma.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras, y qué niñerías! Riñala, tío, porque no se atreva ni aún burlando á decir deshonestidades.

CAÑIZARES.

¿Bobeas, Lorenza? Pues á fé, que no estoy yo de gracia para sufrir esas burlas.

LORENZA.

Que no son sino veras, y tan veras que en este género no pueden ser mayores.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras, y qué niñerías! Y dígame, tía, ¿está ahí tambien mi frailecito?

LORENZA.

No, sobrina; pero otra vez vendrá, si quiere Horrigosa la vecina.

CAÑIZARES.

Lorenza, dí lo que quisieres; pero no tomes en tu boca el nombre de vecina, que me tiemblan las carnes en oírle.

LORENZA.

Tambien me tiemblan á mí por amor de la vecina.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras, y qué niñerías!

LORENZA.

Ahora echo de ver quién eres, viejo maldito, que hasta aquí he vivido engañada contigo.

CRISTINA.

Riñala, tío, riñala, tío, que se desvergüenza mucho.

LORENZA.

Lavar quiero á un galan las pocas barbas que tiene, con una bacia llena de agua de ángeles, porque su cara es como la de un ángel pintado.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué locuras, y qué niñerías! Despedácela, tío.

CAÑIZARES.

No la despedazaré yo á ella, sino á la puerta que la encubre.

LORENZA.

No hay para qué, vela aquí abierta: entre, y verá cómo es verdad cuanto le he dicho.

CAÑIZARES.

Aunque sé que te burlas, sí entraré para desenojarte.

*Al entrar Cañizares dánle con una bacia de agua en los ojos: él váse á limpiar: acuden sobre él Cristina y doña Lorenza, y en éste interin sale el galan, y váse.*

CAÑIZARES.

Por Dios, que por poco me cegáras, Lorenza: al diablo se dan las burlas que se arremeten á los ojos.

LORENZA.

Mirad con quien me casó mi suerte, sino con el homòre más malicioso del mundo: mirad cómo dió crédito á mis mentiras, por su... fundadas en materia de zelos: que menoscabada y asendereada sea mi ventura: pagad, vosotros, cabellos, las deudas de este viejo: llorad, vosotros, ojos, las culpas de este maldito: mirad en lo que tiene mi honra y mi crédito, pues de las sospechas hace certezas, de las mentiras verdades, de las burlas veras, y de los entretenimientos maldiciones. ¡Ay que seme arranca el alma!

CRISTINA.

Tía, no dé tantas voces, que se juntará la vecindad.

(De dentro).

JUSTICIA.

Abran esas puertas: abran luego, sino echarélas en el suelo.

LORENZA.

Abre, Cristinica, y sepa todo el mundo mi inocencia y la maldad de este viejo.

CAÑIZARES.

Vive Dios, que creí que te burlabas: Lorenza calla.  
*Entran el Alguacil y los músicos, y el bailarín y la Hortigosa.*

ALGUACIL.

¿Qué es esto? ¿qué pendencia es esta? ¿quién daba aquí voces?

CAÑIZARES.

Señor, no es nada; pendencias son entre marido y mujer, que luego se pasan.

MÚSICO.

Por Dios, que estábamos más compañeros y yo, que somos músicos, aquí pared y medio, en un desposorio, y á las voces hemos acudido, con no pequeño sobresalto, pensando que era otra cosa.

HORTIGOSA.

Y yo también, en mi ánima pecadora.

CAÑIZARES.

Pues en verdad, señora Hortigosa, que si no fuera por ella, que no hubiera sucedido nada de lo sucedido.

HORTIGOSA.

Mis pecados lo habrán hecho: que soy tan desdi-

chada, que sin saber por donde, ni por donde nó se me echan á mí las culpas que otros cometen.

CAÑIZARES.

Señores, vuestras mercedes todos se vuelvan no-rabuena, que yo les agradezco su buen deseo, que ya yo y mi esposa quedamos en paz.

LORENZA.

Sí quedaré, como le pida perdon primero á la ve-cina, si alguna cosa mala pensó contra ella.

CAÑIZARES.

Si á todas las vecinas de quien yo pienso mal hu-biese de pedir perdon, sería nunca acabar; pero con todo eso yo se le pido á la señora Hortigosa.

HORTIGOSA.

Y yo le otorgo para aquí y para delante de Pero-García.

MÚSICO.

Pues en verdad, que no habemos de haber venido en balde: toquen mis compañeros, y baile el bailarín, y regocijense las paces con esta cancion.

CAÑIZARES.

Señores, no quiero música: yo la doy por recibida.

MÚSICOS.

Pues aunque no la quiera:  
El agua de por San Juan,  
Quita vino y no da pan.  
Las riñas de por San Juan,  
Todo el año paz nos dan  
Llover el trigo en las eras:  
Las viñas estando en-cierne:  
No hay labrador que gobierne  
Bien sus cubas y paneras:  
Mas las riñas más de veras,  
Si suceden por San Juan,

Todo el año paz nos dan.  
Por la canícula ardiente  
Está la cólera á punto;  
Pero pasando aquel punto,  
Méenos activa se siente.  
Y así el que dice, no miente,  
Que las riñas por San Juan,  
Todo el año paz nos dan.

(Baila).

Las riñas de los casados,  
Como aquesta siempre sean,  
Para que despues se vean,  
Sin pensar, regocijados.  
Sol que salé tras nublados  
Es contento tras afan:  
Las riñas de por San Juan  
Todo el año paz nos dan.

CAÑIZARES.

Porque vean vuesas mercedes las vueltas y revuel-  
tar en que me ha puesto una vecina, y si tengo ra-  
zon de estar mal con las vecinas.

LORENZA.

Aunque mi esposo está mal con las vecinas, yo be-  
so á vuestras mercedes las manos, señoras vecinas.

CRISTINA.

Y yo tambien: más si mi vecina me hubiera traído  
mi frailecico, yo la tuviera por mejor vecina; y á Dios,  
señoras vecinas.

FIN DE LOS ENTREMESES.



BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

OBRAS PUBLICAS

DEL

INMORTAL CERVANTES.

- La Gitanilla y El Amante Liberal;** un tomo en 8.º francés de 160 páginas, dos reales.
- La Española Inglesa, Rinconete y Cortadillo y El Licenciado Vidriera;** un tomo, dos reales.
- La Ilustre Fregona, Las dos Doncellas y La Fuerza de la Sangre;** un tomo, dos reales.
- La Señora Cornelia, El Celoso Extremeño y La Tía Fingida;** un tomo, dos reales.
- El Casamiento engañoso y El Coloquio de los perros;** un tomo, dos reales.
- Los Entremeses;** tomo I, dos reales; id. II, dos reales.

**EN PRENSA DEL MISMO AUTOR.**

La Galatea.—Trabajos de Persiles y Segismunda.  
Viaje del Parnaso.—Poesías Sueltas y el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

A continuación publicaremos las obras más escogidas de los clásicos españoles, alternando con lo más selecto de los extranjeros.

G66753

MINGUEL  
CHERRIES  
SAVED  
FRAS